

SERVICIO SECRETO

**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

LO QUE SE DA, NO SE QUITA

Ralph Barby



**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS



**SERVICIO
SECRETO**



RALPH BARBY

LO QUE SE DA, NO SE QUITA

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.794

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

1.^a edición en España: abril, 1985
1.^a edición en América: octubre, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

© Ralph Barby - 1985
texto
© Norma - 1985
cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152. Km 21.650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

No era el mejor hotel de París, tampoco el peor. Hacia una tarde neblinosa, la humedad subía por el Sena y no se hacía apetecible un viaje en el Bateau Mouche.

Jean-Paul Rébus, por aquellas fechas de primeros de octubre, no se perdía una función de la ópera, la asistencia al pabellón Pompidour ni hacer el recorrido por cuatro o cinco locales del Bajo París donde tenía amigos, donde se escuchaba la música más progre, donde se entremezclaban intelectuales y sofistas de pro, donde los nuevos periodistas metían sus narices con miedo buscando a los hombres y mujeres clave, en espera de captar sus frases, sus poses, y poderlas llevar a las portadas de alguna revista importante. En aquellos locales, los vapores de alcohol, tabaco y hachís se entremezclaban, formando tirabuzones que se hacían visibles a los focos de las luces artificiales.

Se puso la chaqueta de napa y se disponía a abandonar la habitación cuando sonó el teléfono.

Aún no había dicho a nadie que acababa de llegar a la ciudad desde Bangkok vía Roma. ¿Quién le llamaba? ¿Sería el conserje, para pedirle con muy buenos modos que faltaba algo de su documentación?

Absurdo.

Descolgó el teléfono, apartó el cigarrillo de sus labios y dijo:

—Si esto es una broma, tú eres un hijo de perra.

Como entrada para asustar a los niños, no estaba mal, pero una voz femenina respondió:

—No soy ninguna hija de perra y esto no es una broma.

Le pareció que aquella voz femenina no tenía nada de ingenua.

No era la voz de una niñita bien ansiosa de perder el virgo porque todavía lo conservaba; claro que las modas cambian y ahora se estilaba conservar el himen cuanto más tiempo mejor. Así, las

jóvenes se diferenciaban más de la generación caduca que las había precedido.

A

Jean-Paul

Rébus le salió una voz grave y bien timbrada, casi amigable en aquel momento.

—¿Nos conocemos?

—¿Sería eso importante? —replicó ella, desafiante. La notó molesta, irritable.

—Mira, encanto, yo no he sido quien ha llamado. Si eres una furcia de teléfono, dilo y así ahorraremos tiempo.

—Eres un cerdo,

Jean-Paul

Rébus —silabeó con frialdad, controlando una ira que sin duda sentía correr por todo su cuerpo.

—No eres la primera que me lo dice y si no reviento esta noche, posiblemente no seas la última. Ahora, dime, ¿quién eres y para qué me has llamado?

—Pregunta por Nelia en el Club Cocotte, te estaré esperando. Voy vestida de negro y blanco. No faltes, es muy importante.

Nelia colgó y

Jean-Paul

Rébus se quedó mirando el auricular de su teléfono con actitud entre interrogante y ceñuda.

—¿Quién diablos será esta zorra? —se preguntó en voz alta.

La verdad es que, si no asiduo, sí pasaba algunas veces por el Club Cocotte, pero no conocía a nadie que se llamara Nelia. Pensó en una encerrona.

Pese a su juventud, Rébus tenía enemigos, tipos que le detestaban en los cinco continentes porque solía viajar mucho. Cualquiera día, se apearía de un coche y recibiría un balazo en la nuca. Lo sabía, se lo estaba ganando a pulso por meterse en tantos asuntos «feos», pero aquélla era la profesión que había escogido.

Quería vivir a tumba abierta como solía decirse, con la vela de la vida encendida por los dos lados.

Salió del hotel y se cruzó con una cuarentona que se lo dijo todo con una sola mirada. Para él no habría restricciones de clase alguna; para él, todo, absolutamente todo estaría permitido. Sin embargo,

Rébus no le prestó la más mínima atención, y no porque no le gustaran las mujeres o desdénara a las cuarentonas, simplemente porque acudía a la cita con una desconocida.

¿Cómo sería la tal Nelia? se preguntó, mientras subía a bordo de su Lancia turbo.

Cada mujer era una auténtica sorpresa. Había jovencitas que ofrecían pasión salvaje y mujeres maduras que ofrecían sibaritismo, incluso podía suceder a la inversa, pero tuvo la impresión de que la tal Nelia no le había citado para que se fueran a acostar juntos, claro que el insultarse un poco de principio, hasta llegaba a excitar. Estacionó el coche subiéndolo en paite sobre la acera. Era de noche y la nocturnidad permitía algunas licencias en la transgresión de las leyes de tráfico.

La valía de un club, de una *boîte*, de un *pub*, solía estar en relación con la valía de sus clientes. Si tenía clientes importantes, el local se hacía importante. Si tenía gente anodina, el local carecía de gancho, por ello no eran pocos los lugares que invitaban a consumición gratis a aquellas personas consideradas importantes, ya porque lo fueran en realidad o simplemente porque aparecieran en el cine, la televisión o las revistas gráficas, y el Club Cocotte no se escapaba de esta norma.

Alto, de apariencia delgada, mandíbula algo salida y dura, levemente cuadrada, con unos dientes algo grandes y bigote de largas guías, joven y atlético, de mirada inteligente, con ojos castaño-rojizos como su pelo lacio y algo largo, peinado a modo de casco,

Jean-Paul

Rébus se introdujo en el local y fue hacia la baña.

En la pista no actuaba nadie. A la derecha de la pista había un piano que no era de cola, hubiera comido demasiado espacio, y por el sonido, sin duda era un Yamaha. Lo tocaba una verdadera hembra, rubia platino, con una melena que casi le llegaba a la cintura.

Desde donde estaba, Rébus no podía verle la cara, pero la mujer vestía de blanco y negro. Sus largos dedos arrancaban una melodía lánguida a las teclas también vestidas de blanco y negro.

—Camarero, ¿qué le gusta tomar a ella? —preguntó, señalando a la pianista.

—Un Ricard.

—Pues a mi sírvame un Daiquiri, tengo la boca seca.

Cuando tuvo las bebidas al alcance de su mano, tomó los vasos y filtrándose entre las mesas, se acercó a la mujer rubia, acodándose en la caja del piano de color caoba oscuro.

—Anda, Nelia, puedes beber un trago —te dijo, centrando el vaso en el piano.

La mujer levantó su rostro, enmarcado por los abundantes cabellos rubio platino, con un gran fleco que caía sobre sus cejas. En los ojos de un intenso verde, se reflejó la luz de un foco, y al hombre le parecieron fulgurantes.

La nariz también era hermosa y los labios, apetecibles.

El vestido, muy elegante y sobrio, tenía un larguísimo escote que a

Jean-Paul

le pareció que llegaría hasta el codiciado ombligo. Pensó que morder el ombligo de aquella hembra debía resultar un placer casi insoportable.

—Tú eres el cerdo de

Jean-Paul

Rébus, ¿verdad?

—Para lo que gustes gruñir —respondió, tomándose un trago largo del vaso que había quedado en su mano.

—Espérame a la salida, a las once en punto.

Había hablado sin titubear, pero a

Jean-Paul

le dio la impresión de que no había puesto mucho calor en su voz.

—No sé de qué va este rollo, preciosa, y, la verdad, empiezo a temer que no me has citado porque desees acostarte conmigo.

—Tienes buen tipo, buena voz —dijo casi cantando, acompañándose del piano como si estuviera componiendo una canción—. Eres un tipo ágil, te mueves como un leopardo, pero no, no eres mi amor. Me gustas, mi amigo, pero sólo eso, me gustas y nada más.

Hubo algunos aplausos tímidos para aquella melodía que a

Jean-Paul

Rébus no le agradó.

Comprendió que no debía convertirse en un pelmazo y se apartó

del piano, regresando a la barra.

Una chica vestida de rojo se le acercó. Aquélla sí era una zorra de club, en la opinión de Rébus, y basaba su promoción especialmente en la pintura que llevaba en la cara, en la amplitud de sus caderas capaces de cobijar a un peso pesado, y en la opulencia de sus pechos que, según los movimientos que la mujer hiciera, asomaban con sus pezones pintados de rojo oscuro.

—¿La pianista hace tiempo que viene por aquí? —te preguntó.

—Ah, ésa no es de aquí.

—¿No?

—Hace algunas noches que viene y el chef la deja tocar porque no lo hace mal y no cobra nada. El chef ha querido ficharla, pero ella se hace la estrecha. Debe ganar pasta en alguna otra parte porque, que yo sepa, nadie vive del aire.

—No, claro, y tú vives de lo que la naturaleza te dio.

—Eso es y que dejo a tu disposición. Anda, dame la mano.

—¿La mano?

Estaban sentados en dos taburetes altos. Ella tenía las piernas entreabiertas y

Jean-Paul

se encontró tocando los muslos de aquella mujer, y tan arriba de los muslos, que sintió el calorcito que ella le ofrecía.

—¿Me convidas a algo y luego...?

Jean-Paul te pagó un Pemod y la dejó plantada. Se acercaban las once. Esperó a la salida del club y apareció Nelia, pero ahora era impresionantemente morena. Sus ojos continuaban siendo intensamente verdes.

—¿Dónde tienes el coche? —preguntó ella.

Rébus se quedó casi sin aliento. De pie, Nelia resultó muy esbelta, muy atractiva y en absoluto grosera. Tenía lo justo en cada parte de su cuerpo atendiendo a lo que debía tener una hembra humana, joven y elástica. Un abrigo de piel ocultaba ahora el generoso escote.

Ya metidos en el Lancia turbo, él preguntó:

—¿Adónde me llevas?

—Yo te llevaría al infierno, pero hay alguien que te necesita.

Empezó a picarle la curiosidad. ¿Quién sería ese alguien? ¿Qué querría de él? ¿Por qué había utilizado a Nelia como gancho?

—Supongo que no será una encerrona. Sería muy tonto de tu parte llevarme a ella de la mano.

—Ve a buscar el Périphéri, saldremos en dirección a Versailles.

—De acuerdo.

Hundió el acelerador, corriendo el riesgo de que la policía se le echara encima.

Con mucha naturalidad, sin asomo de nerviosismo, sin mostrarle las piernas ni coquetear, le condujo hasta un chalet de difícil localización.

Era una casa antigua. La madera estaba seca, los barnices brillaban por su ausencia.

Al entrar en el chalet,

Jean-Paul

Rébus olió a medicamentos. Era un olor que los que han estado en hospitales, cerca de urgencias, no pueden olvidar. Jean-Paul había estado en urgencias tres veces en su vida y grave; una por disparo, otra por dos cuchilladas y la tercera, por un accidente de automóvil.

—¿Qué lugar es éste? —inquirió.

—Sígueme —le pidió Nelia.

Sin esperar a que lo hiciera, caminó delante. Subió por una escalera cuyos peldaños gruñían y llegaron a una habitación donde había dos hombres, uno tendido en la cama y el otro, sentado en una vieja butaca. Ambos estaban en silencio.

Había poca luz. De un clavo de la pared, colgaba una bolsa de suero. Un fino tubito salía de ella y terminaba en el brazo del hombre que yacía en la cama. Al lado había una botella de oxígeno y tenía la nariz y la boca cubierta por una pequeña mascarilla plástica que hacía que respirase el oxígeno que gorgoteaba dentro de una botella que limpiaba y humedecía el gas.

No hacía falta ser médico para darse cuenta de que el hombre que yacía en el lecho estaba grave. Tenía apósitos manchados de sangre en el abdomen y en el tórax.

El recién llegado se acercó a la cama.

Era difícil reconocer al herido; tenía los cabellos mojados por el sudor y pegados a la cabeza, un sudor que también perlaba su frente. Nelia cogió una toalla y se la secó, mientras el tipo de la butaca seguía en silencio.

—Frank, Frank *el Yanqui*.

Al oír su propio nombre, el moribundo semejó despertar y le miró. A Rébus le pareció que le sonreía sarcástico con la mirada. Levantó una mano que temblaba y se quitó la mascarilla.

—No, no, tranquilo —le pidió

Jean-Paul,

pero Frank *el Yanqui* se quitó la mascarilla y le habló entrecortadamente, con mucha dificultad.

—Algún día habían de pillarme desprevenido.

—¿Qué tiene? —preguntó Rébus, mirando a Nelia.

—Lo han tiroteado.

—¿Por qué no está en un hospital?

—No se puede hacer nada.

—¿Cómo que no se puede hacer nada? En un hospital podrían...

—Él es el médico.

Nelia señaló al individuo que permanecía en la butaca.

—¿Y qué clase de médico es usted que deja que este hombre se muera aquí?

—Jefe médico de urgencias de un hospital. ¿Le parece poco?

—¿De veras no hay posibilidad alguna?

—No, no la hay —respondió el médico—, y él lo sabe.

Nelia añadió:

—Frank no quiere quedar registrado en parte alguna, no quiere que oficialmente se le dé por muerto.

—¿Por qué, Frank? —preguntó

Jean-Paul

Rébus, enfrentándose a él.

—No he terminado lo que tenía que hacer.

—Me temo que habrás de olvidar el trabajo aunque te salves. ¿Has dado aviso a los tuyos?

—No.

—¿Por qué?

—Ordenes, hay infiltrados.

—Sois una mierda —espetó Rébus, furioso.

Frank *el Yanqui* se rió levemente dentro del dolor que le torturaba. Tosió y después, trató de hablar.

No se podía decir que él y

Jean-Paul

Rébus fueran grandes amigos. Las líneas de las vidas de ambos se

habían entrecruzado en varias ocasiones para terminar haciéndose mutuos favores, hoy por ti, mañana por mí.

Ahora, Frank *el Yanqui* agonizaba cosido a balazos en un chalet que se desmoronaba, alejado de París.

—Tienes que hacerme un favor, Rébus.

—Sí, claro —respondió.

Jean-Paul Rébus sabía muy bien por sus experiencias en la vida que no todas las promesas o juramentos llegaban a cumplirse, y los hechos a un moribundo no eran la excepción.

—Nelia y usted, doctor, ¿pueden dejamos solos unos minutos?

A la pregunta de Frank, ambos asintieron y terminaron por quedarse solos el francés y el norteamericano.

Antes de que hablara el agonizante, Rébus le observó:

—Tendrías que contarle a los tuyos todo lo que quieres decirme a mí, para eso te pagan y tú les debes fidelidad.

—No puede ser, ya te lo he dicho.

—No irás a pedirme que me encargue del asunto en que tú habías metido las narices, ¿verdad?

—Tienes que abortar la Operación Halley.

—¿La Operación Halley, y qué es eso?

Frank *el Yanqui* le miró con ojos extraviados. Su mirada se perdía en el infinito, en el más allá. La voz descendió de volumen al fluir por entre sus labios reseco, en contraste con su frente mojada.

—No lo sé.

—Pues si tú no lo sabes, compañero, estamos jodidos.

—Nelia te ayudará.

—¿Ella lo sabe todo?

—Algunas cosas, las suficientes para que tú te metas en el laberinto.

—No puedo meter las narices donde no debo.

—Me debes favores y...

—Y tú a mí, no me chantajeas ahora. Aunque te estés muriendo, tengo que decírtelo.

—¿El qué?

—Muchas veces te has metido en asuntos sucios. Ha habido ocasiones en que tu comportamiento ha sido repugnante.

—He cumplido con mi deber. Cuando un soldado le saca las tripas a otro con la bayoneta, hace algo repugnante pero cumple

con su deber.

—Lo malo. Frank, es que tú y yo no servimos a las mismas causas. Tú te debes a los tuyos y yo soy un tipo libre como un pajarraco. Me encargo de los asuntos que me interesan, los termino, cobro y a otra cosa.

—Serás bien pagado.

—¿Sí? ¿Y quiénes me van a pagar, los tuyos?

—Cuando salgas de aquí, ¿ahora qué es, de día o de noche?

Jean-Paul Rébus comprendió que Frank estaba tan mal que ya no sabía en qué hora vivía.

—De noche.

—Ve a la rue de la Cité, busca la librería Fraternité y pregunta por *monsieur* Lambroisie. Dale este anillo de mi parte.

Le mostró el dedo meñique de su mano izquierda donde portaba un aro de plata con un grabado radial, un anillo tan vulgar que sólo podía ser un recuerdo de la adolescencia o un premio obtenido en una feria dominguera.

Frank *el Yanqui* hizo esfuerzos por quitarse el aro. No salía bien, tenía el dedo hinchado.

—Ayúdame —pidió.

Jean-Paul, haciendo girar el anillo, consiguió quitárselo del dedo. Lo examinó con detenimiento y le pareció de lo más vulgar.

—¿Y qué hará el tal Lambroisie cuando yo le entregue el anillo?

Frank *el Yanqui* no respondió. Su cabeza se había ladeado, acababa de perder el conocimiento.

—¡Doctor! —llamó

Jean-Paul

Rébus, y su voz halló mil ecos en aquel chalet que se corrompía lentamente, como un cadáver encerrado dentro de un buen ataúd.

CAPÍTULO II

La librería Fraternité no era muy grande y parecía medrar a la sombra de Notre-Dame. No es que estuviera pegada a la catedral, pero sí muy cerca, para que los turistas que visitaban las imponentes torres pudieran acudir luego a la librería en busca de un ejemplar de «Notre Dame de París o la historia de Quasimodo el campanero y Esmeralda la zíngara».

Jean-Paul Rébus paseó su mirada por las estanterías repletas de libros. Le pareció que allí no iba a encontrar las últimas novedades literarias.

—¿Busca algún libro en especial, *monsieur*?

El hombre no es que fuera bajito, pero... Llevaba gafas redondas montadas sobre oro, tenía que ser un tipo muy meticuloso. Sus manos eran blancas y finas, muy finas.

—Busco a *monsieur* Lambroisie.

Apenas dibujó una sonrisa en sus labios resecos.

—Yo mismo, para servirle, *monsieur*.

Había llegado el momento de saber qué significaba aquel vulgarísimo anillo de plata que le entregara Frank *el Yanqui*.

Monsieur Lambroisie observó el anillo con extraordinaria atención. Después, sin demostrar emoción alguna, se alejó hacia un despachito que tenía al fondo del establecimiento. No cerró la puerta y

Jean-Paul

Rébus pudo espiarlo acercándose con sigilo.

Monsieur Lambroisie se inclinó y metió el anillo en una plataforma que introdujo en una caja que podía tomarse por un radiocasete muy sofisticado. Tocó algunos botones y esperó.

Aparecieron unos guarismos en verde. Jean-Paul ignoraba si el anillo tenía algo especial o simplemente estaba comprobando que

aquél fuera el aro correcto y para eso debía estar midiéndolo, pesándolo y hasta comprobando su densidad. Al fin, asintió con la cabeza.

Se levantó y se encontró con el rostro de Jean-Paul

que le espiaba. Le sonrió gentilmente, se acercó a la puerta del despacho y se la cerró en las narices.

Rébus pensó que aquel hombrecillo que pasaba su vida entre libros no estaba siendo muy cortés; pero éste no tardó en volver a abrir la puerta y le entregó un portafolios de ejecutivo de color marrón oscuro.

—Aquí está el ejemplar que usted ha venido a buscar —le dijo.

—Muy bien —aceptó

Jean-Paul.

Tomó el portafolios y abandonó la librería. Buscó su automóvil y a bordo del mismo se dirigió al hotel donde se hospedaba. El maletín estaba bien cenado y parecía bastante sólido.

No era ningún experto y en ocasiones de posible peligro, tenía los nervios muy fríos.

Un maletín cerrado podía ser una caja de sorpresas. Aquel maletín pesaba, no parecía repleto de simple aire. ¿Estaría lleno de explosivos? Si fuera así, le bastaría con hacer saltar las cerraduras de las cuales no tenía llave y se convertiría en una hamburguesa esparcida por las paredes.

No podía olvidar a Frank *el Yanqui* lo habían cosido a balazos y aquel portafolios tenía mucho que ver con el norteamericano.

Se llevó la caja al oído, más no pudo captar nada. Pensó que no estaría de más pasarla por rayos X y metérsela en las narices a un perro adiestrado para detectar explosivos.

Sonó el teléfono cuando tenía el maletín entre sus manos, buscando una luminosa idea que le permitiera abrirlo. El teléfono sonó hasta cinco veces antes de que se decidiera a descolgarlo.

—¿Diga?

—¿Jean-Paul?

La voz femenina le produjo un ligero estremecimiento.

—Bienvenida de nuevo tu voz a mis oídos.

—Frank me entregó una llavecita para ti.

—¿Y te dijo para qué era?

—No, sólo me dijo que te la diera esta mañana. Es la tercera vez que te llamo.

—Pues bien, dame la llavecita.

—Que yo sepa, no se puede mandar por teléfono, de modo que ven a buscarla.

—¿Adónde?

—A mi apartamento. Estoy realmente agotada y necesito descansar.

Rébus tuvo en la punta de la lengua una frase picara, pero se la tragó. No convenía que Nelia le colgara el teléfono en aquel momento.

—¿Y dónde está tu apartamento?

Antes de que se cumpliera media hora,

Jean-Paul

Rébus se retrataba en el vídeo-interfono del edificio en que Nelia tenía su piso.

La puerta de la escalera se abrió con un leve chasquido. Tomó el ascensor y en la planta tercera de un edificio algo antiguo pero totalmente renovado, apareció Nelia embutida en un complet de color naranja brillante. Iba de morena y le pareció deliciosamente sensual.

Rébus llevaba el maletín de piel marrón oscuro bien asido en su mano. Se sentó en el sofá y ella le preparó un delicioso Daiquiri.

—Veo que aprendes pronto mis gustos. Ella encendió la punta de un cigarrillo sin sofisticación. Se dejó caer en una butaca que no parecía una butaca, y con un muslo más alto que otro, le dijo:

—Frank decía que yo era una excelente relaciones públicas.

—Seguro que lo eres —asintió Rébus, tomando parte de la bebida que ella acababa de servirle—. ¿Cómo está Frank?

Ella alargó su brazo, delgado pero muy bien moldeado. Tomó un periódico doblado y lo arrojó a las manos del hombre. Éste, enseguida reparó en una noticia que había sido remarcada con un grueso rotulador.

«Chalet a las afueras de París se incendia durante la noche. Son hallados los restos de un hombre totalmente carbonizado. No hay documentación ni existe posibilidad de lograr su identificación por las crestas

necro-dactilares. El chalet, en realidad, no era de nadie. Su propietaria había muerto tres años antes y no está clara la situación de los posibles herederos...»

El periodista de turno había escrito poco más. Dejaba la noticia en suspenso, por si convenía alargarla en la siguiente edición.

—De modo que el chalet quemado y un cuerpo carbonizado.

Nelia, muy despacio, como si se contuviera su emoción, explicó:

—Ésa fue la decisión de Frank. Tenía que desaparecer del mundo de los vivos sin que nadie se percibiera de ello, o el trabajo en que estaba metido fracasaría. En realidad, en vez de quedar carbonizado, hubiera deseado ser reducido a cenizas, pero eso no es tan fácil. ¿Has visitado Benarés alguna vez?

—Sí. Supongo que querrás referirte a sus diecinueve «ghats» o lugares donde los hindúes reducen a cenizas a sus parientes para luego arrojarlos al Ganges.

—Habrás visto que no es sencillo reducir un cuerpo a cenizas.

—¿Lo rociasteis con gasolina?

—Teníamos unas pastillas incendiarias, las pusimos bajo la cama y les prendimos fuego. Casi todo el chalet era de madera y ardió con facilidad.

—Si has sido capaz de hacer todo eso con el hombre al que acompañabas, es que no eres una mujer corriente.

—Desde que decidí enfrentarme sola a la vida, he vivido mucho, eso es todo.

—¿Presumes de ser una mujer de hielo?

—Digamos que no soy una sentimental. El sol muere todos los días.

—Y al día siguiente nace otro sol.

—Ajá, nos podemos entender.

De un diminuto bolsillo que había en el complet naranja que moldeaba su cuerpo como si de una segunda piel se tratara, sacó la llavecita que le arrojó.

Jean-Paul la observó con atención y algo de recelo. Luego, puso el portafolios sobre sus piernas e introdujo la llavecita en la primera de las cerraduras. Funcionó. Hizo lo propio con la segunda y también cedió, sólo faltaba levantar la tapa.

Jean-Paul Rébus pensó que si él volaba, también moriría ella y no creía que aquello fuera a suceder, por lo que levantó la tapa,

pero no del todo y examinó el contenido del portafolios.

Lo primero que vio fue el paquete de explosivo, una pastilla de goma-2 protegida por una bolsa de plástico y el detonador listo para hacerla estallar.

Sólo con la llavecita se evitaba que el detonador entrara en funcionamiento. Luego, dio una ojeada al resto.

El maletín estaba repleto de dólares, billetes usados USA.

Era difícil valorar la cantidad que había allí sin ser banquero.

—¿Sabes lo que contiene este maletín? —preguntó a Nelia que no podía ver el interior del portafolios porque la tapa, por su colocación, se lo impedía.

—Pues, no.

—Una carga de goma-2 para los curiosos y un millón de dólares aproximadamente.

—¿Bromeas?

El hombre cerró el maletín, dejando así sin saciar la curiosidad femenina.

—¿De veras has dicho un millón de dólares? —insistió la mujer.

—Era una broma —rezongó, con una sonrisa maligna.

—Frank me contó que tenía entre manos un asunto muy delicado, pero muy importante.

—¿Qué más te confesó?

—Nada.

Jean-Paul Rébus pensó que aquello podía ser cierto, conociendo a Frank *el Yanqui*, como él le había conocido; claro que Frank también podía mentir como un bellaco con tal de conseguir lo que deseaba.

Conquistar a Nelia, en apariencia, podía resultar hasta fácil, pero Rébus empezó a deducir que era más difícil de lo que podía pensarse. Incluso, se preguntó si ella sería una frígida enamorada tan sólo de su propia belleza.

Frank *el Yanqui* lo había preparado todo muy bien, como era habitual en él. Había recibido un durísimo entrenamiento en la CIA cuando ingresara en ella nada más recibir el licenciamiento de la Navy donde, a su vez, había ingresado como voluntario.

Jean-Paul Rébus ignoraba si Nelia pertenecía a la CIA o

simplemente era una amiga o colaboradora de Frank *el Yanqui*, sin saber a ciencia cierta a qué juego jugaba.

De momento, Rébus la veía muy a la defensiva, y decidió ir con cuidado y tiento con aquella hermosa y fría mujer. Aún debía estar sufriendo por la muerte de su amigo y no parecía muy segura de que

Jean-Paul

Rébus consiguiera llevar adelante aquel asunto que a Frank *el Yanqui* le había costado la vida.

—¿Harás lo que Frank te pidió? —preguntó ella, apartando el cigarrillo de sus húmedos labios.

—Sí, seguro —respondió Rébus, totalmente convencido por aquel millón de dólares libre de impuestos y por si faltara poco, cobrados antes de hacer el trabajo, es decir, por anticipado.

Podía coger aquel dinero e irse a vivir a la India, a Río de Janeiro, o simplemente quedarse en el gran París donde una hormiga pasaba totalmente desapercibida entre otros millones de hormigas que poblaban la histórica ciudad: pero

Jean-Paul

Rébus no traicionaba a un amigo y tampoco faltaba a un trato, aunque fuera de palabra.

—¿Sabes quién disparó contra Frank?

—No.

—¿No te dijo nada?

—No.

—Pues, vamos muy mal para empezar. Ni siquiera tengo una bala para saber el calibre de la munición utilizada para matarlo.

—¿Era eso importante?

—No demasiado, pero podía haber sabido el tipo de arma empleada y si se conoce el arma, hay ciertos indicios para averiguar la nacionalidad o bando en el que está integrado el que ha disparado, y digo indicios porque en el mundo del espionaje se cambia todo para dejar pistas falsas y culpar al inocente. En fin, ¿qué te pidió Frank que me dijeras?

—¿Conoces a Albio?

—¿Te refieres al mayor que fue expulsado del ejército?

—Sí.

—En ese caso, sí le conozco. Me he topado un par de veces con

él en mi vida, es un tipo de cuidado.

—Frank tenía una cita con él.

—¿Qué más puedes decirme de Albio? ¿Cuándo tenía que verlo Frank?

—Esta noche.

—¿Por qué esta noche?

—Albio llega hoy del Brasil.

—¿Sabes que ese Albio es peor que un escorpión?

—No, no sé nada acerca de él.

—¿Sabía alguien más que Frank tenía que entrevistarse con Albio?

—No lo sé. En esta clase de asuntos, Frank era poco comunicativo.

—¿Dónde es la entrevista?

—En Le Petit Balcón, hay una mesa reservada.

—Conozco el lugar y no me parece el mejor sitio para ver a Albio.

—A Frank debió parecerle que sí lo era.

—Mientras no estén esperando los que tirotearon a Frank —gruñó Jean-Paul.

—No lo creo.

—Bien, acudiremos a Le Petit Balcón. ¿Tú vas a seguir en este asunto o lo das por terminado después de lo que me has dicho ahora?

—Yo sé algunas cosas más —advirtió ella, enigmática.

—¿Por qué no me las dices ya y ahorramos tiempo?

—Porque no sé exactamente qué es lo que tengo que decirte, pero cuando llegue el momento, se puede encender la lucecita dentro de mi cerebro.

—Suele decirse que las mujeres tenéis corazón y no tanto cerebro.

—Tenemos más cerebro que muchos hombres —replicó ella, cortante.

—Sí, y otra cosa que me gusta usar con delicadeza a veces y con salvajismo otras.

—Grosero.

—¡Qué le vamos a hacer! —exclamó él, poniéndose en pie sin

soltar el maletín—. Tengo buen parecido, pero, por lo visto, me moldearon con arcilla de mala calidad. Nos veremos esta noche en Le Petit Balcón, entiendo que cuento contigo.

Ella no dijo nada. Cuando ya le había dado la espalda, Rébus pareció recordar algo y se volvió hacia ella.

—Se me olvidaba...

Llegó junto a Nelia, la cogió por la barbilla, le alzó el rostro y besó su boca. La mujer no le rechazó, pero tampoco se entregó a la caricia.

Pese a la mirada desafiante de los bellos ojos verdes, Rébus le dijo con soma:

—En otra ocasión, te abriré ésa cascara naranja como a la más apetitosa de las gambas y devoraré con placer todo lo que hay dentro de ti.

Abandonó el confortable apartamento de la enigmática y hermosa Nelia y se dirigió al Banco Nacional donde tenía una caja de seguridad.

Pasó los trámites de rigor y le entregaron su caja metálica de seguridad, dejándosela en una cabina de aislamiento.

Volvió a abrir el maletín. Los dólares danzaron ante sus ojos. Contó los billetes sin prisas.

—Un millón —se dijo. No se había equivocado en su ojeada.

Un millón de dólares era una gran fortuna. ¿Por qué tanto dinero? ¿Tan importante era la Operación Halley? ¿Quién estaba tras ella? ¿Por qué los camaradas de Frank *el Yanqui* pagaban tanto?

Frank había preferido no comunicarse con los suyos y sí lo había hecho con un francés de vida internacional como

Jean-Paul

Rébus.

Había demasiadas incógnitas que aclarar y en aquellos momentos, él no tenía ni una sola de las soluciones. Si todo iba bien, disfrutaría de aquel millón de dólares, se pagaría unas vacaciones en las islas Fidji o en alguna isla del Caribe o se iría a meditar al Tíbet, cualquier cosa podría pagarse, pero si las cosas salían mal, no disfrutaría de aquel dinero. Quizá su cuerpo desaparecería convertido en cenizas como le ocurriera a Frank.

Dentro de la caja de seguridad tenía una pistola, una excelente

pistola, y en la misma funda iba el silenciador y dos petacas para cargar el arma inmediatamente.

Dejó el dinero en la caja de seguridad. No era conveniente que le diera demasiado el sol, podían decolorarse las tintas. Se metió un fajo de billetes de a cien dólares en el bolsillo de la chaqueta, introdujo la pistola con la funda y los accesorios dentro del maletín que seguía conservando la carga explosiva y abandonó el Banco Nacional.

Posó su mirada en una mujer que pasó cerca de él. Hacía un buen día. Si le mataban, ¿quién heredaría aquel dinero? Claro que podía casarse, tener hijos y convertirse en un burgués más, pendiente de la bolsa, de la cotización del dólar, del petróleo y de los precios de la gasolina.

—Al diablo todos.

Echó a andar en busca de su coche. Un gendarme de piel negra estaba tomando nota de su matrícula.

—¿Es suyo?

—Sí, claro, es mío.

—Tengo que denunciarlo por mal estacionamiento.

—Ah, muy bien, agente, cumpla con su deber.

Sonrió y el francés de color quedó perplejo por unos instantes. Luego sonrió a su vez y rompió la hoja de denuncia.

—He debido equivocarme, *monsieur*, pero haga el favor de abandonar este lugar.

CAPÍTULO III

Albio ya no era lo que había sido.

Hacía un puñado de años que le expulsaran del ejército por meterse en lo más sucio de la OAS. La justicia francesa había sido benévola con él para que no abriera excesivamente la boca. No era conveniente que su saliva envenenada salpicara a demasiados personajes de la política y la milicia francesa. Sólo había que acusar a los más activistas, a los más retorcidos. A quienes apoyaban desde la sombra o daban su óbolo para sostener la causa, había que dejarlos en paz.

Como casi siempre ocurría en los asuntos de terrorismo, saboteadores y rebeldes encontraban un cierto apoyo hasta que las cosas se ponían feas; después, se abandonaba a su suerte a los elementos que habían demostrado ser peligrosos, máxime si habían quedado identificados sobradamente por las fuerzas de seguridad.

Albio sabía muchas cosas, pero su boca permanecía cerrada. Ése era el precio que debía pagar para seguir viviendo y aún así, no estaba del todo seguro de que en el día o la noche menos pensada alguien estuviera agazapado para silenciarlo para siempre.

Pasó casi con desdén los controles de seguridad. No llevaba armas, no traficaba en drogas y apenas llevaba dinero encima.

Albio estaba acostumbrado a viajar. Cualquiera, al verle, podría opinar que era el propietario de un pequeño comercio de régimen familiar que en breve tiempo pasaría a manos de sus hijos o descendientes; pero los ojos de Albio podían decir más, muchísimo más. Sin embargo, aquella llamarada que podía delatarle, quedaba filtrada por unas gafas oscuras. Un taxi le condujo desde el aeropuerto a la rue d'Aboukir donde había un edificio de tres plantas que hacía esquina.

Aquel edificio (que había sido de vecindad) ahora le pertenecía por completo, pues lo había comprado todo, hasta los sótanos que

en principio fueran carbonera, pero que Albio había sabido transformar en un recinto cerrado para la práctica de tiro con armas de fuego.

Las paredes eran dobles, con aislamientos de fibra de vidrio, puertas correderas de considerable grosor y un hilo musical de *rock and roll*, heavy y otras músicas estridentes.

Apenas había dejado su pequeña maleta cuando se encerró en el sótano.

Pulsó un botón y se cerró una puerta, aislándole. Se abrió otra puerta girando sobre gruesos goznes y apareció la pared de tablones de madera montados sobre el muro de ladrillo. Aquella pared de tablones de diez centímetros de espesor, parecía haber sufrido la viruela, porque estaba llena de agujeritos.

La música aumentó de volumen. Albio se puso unas orejeras para aislarse de los ruidos y tomó una pistola. Asomó una figura humana controlada electrónicamente por un pequeño ordenador.

Empezó a disparar y sobre una banda colgada en la pared, comenzaron a sumarse puntos, indicativos de su precisión.

Dejó la pistola sobre el mostrador y después tomó un fusil ametrallador. Apuntó de nuevo a la silueta humana que se movía como si ejecutara gimnasia rítmica y comenzó a vomitar plomo hasta que se consumió el cargador. Miró el marcador electrónico y sonrió satisfecho.

—Cien...

Aquel vomitar de disparos le había relajado más que si se hubiera tomado el mejor coñac junto a la chimenea donde ardieran unos leños de roble y cerca tuviera un buen perro. No cabía pensar en mujeres porque sus órganos genitales ya no le respondían; en realidad, nunca le habían respondido demasiado.

Subió a la planta. Allí tenía un gimnasio que no estaba abierto al público en general, sino a jóvenes bien seleccionados. Allí no se practicaba una gimnasia convencional, sino que se enseñaban las artes marciales orientales y, por supuesto, toda clase de caídas y cómo salvar obstáculos, por difíciles que fueran.

En otra planta tenía un aula para explicar teórica, «para hacer cursillos de recuperación en temas básicos», según se había informado a las autoridades, pero aquel edificio era, ni más ni menos, que una escuela clandestina para la preparación de jóvenes

para la guerrilla urbana.

En realidad, todo aquello estaba muy decadente. Soledad y silencio sólo roto por el propio Albio reinaban en aquel edificio encarado a los vientos del norte. Albio, el exmayor del ejército francés, ya no era lo que había sido, y ni la policía ni el ejército solían molestarlo.

En su despacho tenía un retrato del general De Gaulle vestido de militar pero puesto al revés, es decir, cabeza abajo.

Sin comer, se duchó y se fue a la cama.

Prefirió no mirarse al espejo; de hacerlo, habría visto demasiados años reflejados en su rostro.

«Algún día, me pegaría un tiro», había gruñido en cierta ocasión al mirarse al espejo.

Dio cuerda al despertador y lo dejó sobre la mesita de noche. Se durmió. Su cabello, completamente blanco, lo mismo que sus cejas, destacaron sobre el algodón de la almohada que se había vuelto amarillento.

Aquella noche, con una cazadora de piel negra, asistió al espectáculo de Le Petit Balcón. El local estaba escasamente concurrido. Ni era Semana Santa ni plena temporada de verano. Había pocos turistas dispuestos a presenciar una escenificación «apache» donde el chulo de turno daba bofetadas a la chica que se moría de deseos por él.

Sentado en una mesa del fondo, bebió del champaña barato que le sirvieron en un vaso. El piano estaba mudo y una música de acordeón sonaba trémula por los altavoces.

Apareció una mujer alta y esbelta, muy rubia, que se sentó al piano. Cuando cesó la música enlatada, ella comenzó a tocar el piano cuando

Jean-Paul

Rébus, con paso ágil, subió los peldaños de madera hasta la mesa que ocupaba Albio. Éste le miró ceñudo, casi amenazador.

—Buenas noches. Albio.

—Lo siento, no tengo ganas de cháchara —replicó el exmilitar con su voz grave.

—Tenemos una cita.

—Contigo, no.

—Con Frank *el Yanqui* —puntualizó

Jean-Paul

Rébus. Albio, como adivinando algo, preguntó:

—¿No va a venir?

No puede salir de dónde está. Yo vengo en su lugar.

—Jean Paul Rébus, te conozco y no quiero tener tratos contigo.

—Imagínate que soy Frank.

—De todos modos, no voy a decirte nada.

—¿Por qué?

—Ya le advertí a Frank que si quería saber algo tendría que darme cien mil francos —le dijo con gran claridad pese a su voz grave, oscura.

—Cien mil francos es mucho dinero.

—Le dije a Frank que ése era el precio.

Rébus hizo un rápido cálculo mental sobre los dólares que podrían representar aquellos cien mil francos y se dijo que, habida cuenta de que tenía a su disposición un millón de dólares, podía pagarle a aquel hijo de pena.

—¿Crees que lo que vas a venderme vale esos cien mil francos?

—El precio de las cosas, en este caso de las informaciones, siempre está en relación con el interés del que compra. Paga cien mil o no hay nada que hacer. Díselo a tu amigo Frank *el Yanqui*.

—¿Dónde podemos encontramos mañana?

—¿Traerás el dinero?

—Es posible.

—Estaré a las doce en el segundo piso de la Torre Eiffel.

—De acuerdo, a las doce nos veremos, pero no estoy seguro de que lo que puedas venderme valga esos cien mil. Pareces muy acabado, Albio.

—¿Acabado? —Soltó una corta pero sarcástica carcajada.

Jean-Paul conocía lo suficiente a aquel personaje para saber que, en aquellos momentos, no lograría sacarle nada. Albio era un zorro viejo, un zorro que se acercaba a gran celeridad hacia la tumba, pero seguía siendo un zorro cargado de experiencias, un zorro que conocía a mucha gente, gente que deseaba que el viejo Albio se olvidara de ellos.

Los tiempos habían cambiado y no eran pocos los que preferían olvidar lo que habían hecho en el pasado y, no por fogosidad e ímpetu juvenil, sino por interés de lucro.

Albio sabía mucho, demasiado, pero todos pensaban que callaba. Aún no había comprometido a nadie de los que habían pasado por sus manos para ser entrenados en granujadas urbanas, pero quizá llegara el día, ese día en que Albio decidiera despegar los labios y entonces...

Rébus aguardó a que Nelia terminara de tocar el piano y tomándola por el codo, la condujo hacia la salida. Mientras se ponía el chaquetón de renard siberiano, la joven preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

—Nada.

—¿Nada? Frank creía que ese hombre iba a decirle algo importante.

—Quizá me lo diga mañana. Quiere cien mil francos.

—Frank no me habló de dinero.

—Es extraño que Albio abra la boca por dinero. Es un tío repugnante, pero siempre ha actuado en razón a su forma de pensar. Quizá es que le han cerrado sus fuentes de ingresos. Si es así, no vivirá mucho tiempo.

—¿Va a morir de hambre?

—Me temo que morirá de otra cosa. ¿Adónde te llevo, Nelia? Esta noche no creo que podamos averiguar mucho más, sólo tengo ese cabo que se llama Albio. Me habéis dado muy poca información.

—Lo siento, no puedo ayudarte, no sé más.

—Oye, ¿te molestarás si te pregunto algo personal?

Nelia lo miró fijamente con sus inmensos ojos verdes que no parpadearon en absoluto.

—Adelante.

—¿Quieres que nos acostemos juntos esta noche?

—De ti esperaba una vulgaridad semejante.

—Para mí no es ninguna vulgaridad acostarme contigo, palabra, intuyo que debe ser algo sublime.

—Tú has preguntado y yo tengo derecho a responder, ¿no te parece?

—Cierto.

—Termina lo que te ha pedido Frank y después...

CAPÍTULO IV

Aquella mañana se levantó temprano. Casi con los ojos cerrados y un dolorcillo en los testículos, se fue al baño. Aligeró su cuerpo y se metió en la ducha. No tenía demasiada confianza en la efectividad de la ducha fría desde el día en que hizo el amor con una tailandesa bajo el propio chorro de agua fría y todo resultó perfecto.

Se ajustó la pistola a la axila y se puso una cazadora de piel holgada. Se fue al Banco Nacional y pidió su caja de seguridad.

Tomó quince mil dólares y devolvió a su sitio la caja de seguridad. Se acercó a la ventanilla de cambio de monedas y transformó los quince mil dólares en francos. Después, apartó cien mil y se guardó el resto en un bolsillo. Encontró el periódico *Le Figaro*, arrancó un par de hojas sin entretenerse en leer las noticias e hizo un paquetito con los cien mil francos.

Miró su reloj de esfera con saetas y se dijo que aún era temprano, por lo que decidió desayunar opíparamente en un *burger* de esos que destrozan a conciencia la tradición de la excelente cocina francesa.

Por la forma de comer, se dio cuenta de que se sentía muy tranquilo, y hasta llegó a preguntarse qué pasaría si se olvidaba de Frank *el Yanqui* y de la desconocida Operación Halley y se llevaba el ya casi millón de dólares. ¿Lo perseguirían los camaradas de Frank *el Yanqui*, sabrían ellos que él era quien ahora tenía ese millón de dólares en su poder? Todo parecía demasiado sencillo para que pudiera transformarse en realidad.

Se introdujo en el ascensor de la Torre Eiffel y el ascensorista apremió:

—*Allez, allez, marcher...* —Cuando en realidad no había mucha gente a la que empujar como turistas aborregados.

Dio una vuelta completa por la plataforma del segundo piso y no vio a Albio, no había llegado aún. Hacía muy mal tiempo. Jirones de nubes bajas se enamoraban de la estructura metálica y la envolvían filtrándose entre sus hierros. Luego, el viento, como un censor maldito, empujaba a las lujuriosas nubes, apartándolas de la coqueta torre, y rachas de lluvia oblicua hacían estremecer las millares de vigas remachadas.

Se introdujo en el área cubierta donde podían comprarse los estúpidos *souvenirs* fabricados muy lejos de la torre Eiffel y que, por supuesto, podían adquirirse en otros lugares, quedando descalificados como prueba notarial de que el comprador hubiera pisado efectivamente la esbelta y singular *Mademoiselle* de París.

Un hombre que se protegía con gabardina y sombrero le dio un codazo mientras leía un periódico. Rébus se volvió.

—Albio...

No lo parecía en absoluto, se había caracterizado hábilmente. Sus cejas ya no eran albinas sino oscuras, entrecanas. Llevaba bigote y gafas graduadas. Cualquiera lo hubiese podido tomar por un despistado profesor de la Sorbona.

Le permitió alejarse sin perderlo de vista.

Albio caminaba mientras leía el periódico doblado entre sus manos, como muy atento a uno de sus artículos de fondo. Cuando lo vio afuera en la plataforma, casi recibiendo rachas de viento sobre su cara, se le acercó.

—¿Me da fuego?

Albio levantó su mirada atravesando las gafas y buscando en uno de sus bolsillos, sacó un encendedor barato para ofrecer fuego al cigarrillo que le aguardaba.

—¿Has traído el dinero?

—Sí.

—Dámelo.

—Primero, la información.

—Napoleón, Martin y Louis *el Bretón* se encargan de la Operación Halley.

—Si Martin es el que supongo, es un asesino a sueldo —le replicó Rébus.

—Los otros dos también lo son y muy buenos.

—¿Los has entrenado tú?

—Sí —asintió, sonriéndose de satisfacción por el trabajo bien hecho.

—Eres un hijo de puta, Albio.

—Gracias, mis saludos a tu madre. Ahora, dame el dinero.

—Despacito... ¿Qué es la Operación Halley?

—No sigas presionándome porque no lo sé.

—Esos tres nombres no es información suficiente para que te dé cien mil.

—Ya he hablado. Si no me das el dinero, vivirás poco, te lo promete Albio.

—¿Quién paga la operación?

—¿Unos sudamericanos?

—¿Quiénes son?

—Lo ignoro.

—No sabes nada y quieres ganar dinero fácil. Mal asunto.

—Si buscas a Emmanuelle podrás encontrar a Martin, pero a mí, ni mentarme.

—¿Emmanuelle, la chica de los vídeos porno?

—La misma. El dinero y olvídate.

Le puso el paquete en la mano y Albio lo hizo desaparecer en el interior de su gabardina. Jean-Paul Rébus le vio alejarse.

Seguía lloviendo, pero la lluvia se tomaba mansa, apacible. El viento aflojaba y la parte alta de la *Tour Eiffel* desaparecía a los ojos de los ciudadanos de la Ville Lumière.

Un sexto sentido hizo pensar a

Jean-Paul

Rébus que estaban siendo observados, pero ¿desde dónde?

Fue a buscar su coche. Tenía ya un juego de varios nombres, el enigma de la Operación Halley comenzaba a adquirir cuerpo. Ya sabía que unos sudamericanos, hasta ahora desconocidos, habían contratado a unos asesinos a sueldo.

Frank le había pedido que abortara la Operación Halley, pero todavía ignoraba en qué consistía tal operación. ¿Se trataba de un robo, de un sabotaje, acaso de un acto de terrorismo internacional? Napoleón, Martin, Louis *el Bretón*-Pensando en quiénes eran aquellos sicarios, cabía pensar que se trataba de asesinar a alguien, pero ¿a quién y en qué país? Demasiadas respuestas para poder darles una respuesta satisfactoria.

¿Habrían sido aquellos sicarios quienes tirotearon a Frank *el Yanqui*?

No fue difícil averiguar en qué estudios para grabación de vídeos comerciales trabajaba Emmanuelle. Bastaron un par de llamadas a amigos de la prensa del corazón para que le señalaran una granja que se hallaba a treinta kilómetros en dirección sur.

La granja en cuestión no parecía haber rendido mucho en los últimos tiempos, ni como cría de ganado de clase alguna, ni de pollos patos o conejos, y tampoco como plantación y cultivo de hortalizas.

Los propietarios la habían alquilado por diez años a los productores de vídeo, quienes habían transformado la casa en parte. Detrás de una arboleda, levantaron el estudio de grabación con el dinero justo y después habían contratado a una cuadrilla de jardineros para que dentro de los límites de la granja, reprodujeran distintos tipos de bosques, de pradera y hasta la orilla de un lago, todo dependía de la forma en que se colocaba el objetivo de la grabadora de vídeo.

También habían hecho crecer una exótica selva dentro de un monumental invernadero repleto de plantas tropicales que a la vista de un público inexperto, lo mismo podían pasar por indias, africanas o amazónicas, todo daba lo mismo mientras hubiera mucho verde, y el operador de la cámara grabadora tenía un gran cuidado de no coger planos del techo de plástico para que no quedara en evidencia la falsedad de la situación, claro está que habían plantado árboles grandes con mucho follaje, añadiendo en las partes altas follaje de plástico, de tal manera que en algunos puntos era imposible ver el techo debido a que un gran foco colocado en lo alto hacia las veces de sol tropical, casi cegando con su luz el objetivo de la cámara.

—¿Adónde va? —le preguntó un sujeto que cojeaba ostensiblemente y se apoyaba en una muleta. Era un hombre mayor que debía sacar unos pocos francos por hacer de conserje y vigilante de los estudios.

—¿Está Endoine?

—¿Endoine, le conoce?

—Pues claro —replicó

Jean-Paul

Rébus con desdén, mientras encendía un cigarrillo y alargaba el paquete al vigilante para que tomara otro—. Yo trabajo para la CBS. Si es bueno, compran; si es malo, ahí os pudráis.

—¿CBS? Oh, bien, vaya adentro. Tenga cuidado con los cables y no se meta delante de la cámara.

Se internó en el monumental invernadero-plató dentro de aquella selva artificial donde hacía un calor y una humedad insoportables.

Allí dentro, la temperatura nada tenía que ver con el principio de invierno de París.

Oyó gritos. Luego, un espeluznante chillido de mujer que hizo chillar a su vez a unos pajarracos que había dentro del invernadero. Debían ser de la familia de los loros.

Al fin, descubrió la escena. Por entre unas palmáceas asomaban dos grabadoras y en lo que parecía un claro de la selva, junto a un laguito donde había un pequeño cocodrilo disecado y accionado en parte por algún mecanismo electromecánico que le hacía chapotear con la cola, estaba Emmanuelle, la chica rubia, dotada de una gran belleza por la madre Naturaleza.

Allí también había dos gorilas que tenían acorralada a la chica. Uno de los gorilas daba mordiscos a un sujetador que tema entre las manos y el otro, estiraba entre sus dedos las braguitas blancas como si fueran un elástico. Obviamente, ella estaba desnuda, muy desnuda. Agitaba sus senos opulentos y parecía muy segura de lo que aquel par de bestias iban a hacer con ella a continuación, pobrecita.

—¡Basta, basta! ¿Qué hace usted ahí en medio? ¿Quién le ha dejado entrar? —gritó un tipo con gafas muy oscuras, apareciendo entre el follaje como si fuera un elemento más de la selva artificial.

—Así no tengo que esperar para comprar el vídeo —respondió Rébus, cínicamente.

La chica, que aprovechaba que su nombre ya hubiera sido publicitado por anteriores películas porno, se molestó y no con

Jean-Paul

Rébus.

—Este par de gorilas parecen unos cerdos, lo hacen fatal. Además, la cámara se ha de fijar más en mí que en ellos, para eso soy la estrella de la cinta.

Su voz había sonado algo aguda. Los gorilas se quedaron algo pensativos y miraron de un lado para otro esperando órdenes.

—Volveremos a grabar y usted, ¡apártese! —gritó el director de la cinta.

—Yo no tengo ganas de repetir más por hoy. ¡Estoy harta, harta, harta!

Avanzó hacia

Jean-Paul

Rébus. Alguien, por detrás de él, le tendió una bata de color rojo con la que ella se cubrió.

—¡Qué jodida! ¡Estoy harto, harto, harto! —gritó a su vez el director, mientras los dos gorilas seguían moviendo la cabeza de un lado para otro hasta que uno de ellos se encaró con el director que se estiraba de la gorra y preguntó:

—¿Puedo ir a tomar un bocata? Tengo hambre.

—¡Vete a la mierda!

—¿Y yo? —preguntó el segundo gorila.

—¡Tú también!

Los dos gorilas desaparecieron entre el follaje de la selva «francesa».

—Emmanuelle, quería hablar contigo.

—¿Ah, sí, y tú qué haces, vendes, ligas o anuncias tampax?

—Es un asunto más íntimo.

—A mí me parece que soy una chica sin intimidades. Todo lo tengo al descubierto.

El vigilante de la puerta alzó una pizarrita por detrás de Jean-Paul,

asomándose entre un montón de hojas. En la pizarra había escrito «CBS» y con el dedo índice señalaba al joven.

La actitud molesta de Emmanuelle cambió rápidamente. Le cogió por el brazo y dijo:

—Este equipo de grabación es barato y mediocre. La verdad, yo estoy preparada para algo más grande, pero las circunstancias... ¿Vas a comer en alguna parte?

—Pues sí, no me iría mal comer. Tengo el coche afuera, ¿adónde te llevo?

—Un momento —pidió ella—. Cuando sales del invernadero, es que te pelas de frío. Estoy acostumbrada a andar desnuda, ya lo

creo que sí, pero todo tiene un límite.

Se enfundó unos pantalones de piel oscura. Se puso un jersey sin utilizar sujetador y después, una cazadora ancha del mismo tipo que los pantalones.

—¡Emmanuelle, no puedes marcharte ahora, no puedes! —gritaba el director.

Jean-Paul pisó el acelerador. Ella, riéndose, exclamó:

—Que se joda. Para lo que me paga...

Emmanuelle le guió hasta un restaurante que se hallaba en una carretera secundaria. El lugar era muy tranquilo y la comida, excelente. Los precios, en consonancia. Era seguro que allí no irían a comer el par de gorilas de «pega».

—Si desean una chica que sepa hacer de todo y sin inhibiciones, yo estoy dispuesta. Con esos miserables sólo tengo contrato por un vídeo y éste lo terminaremos en tres o cuatro días, cuando los gorilas se me hayan follado y venga el protagonista a salvarme.

—Y luego, no se quedará el protagonista con los gorilas, ¿verdad?

La mujer se echó a reír sonoramente.

—Pues, no me extrañaría. Eddie tiene una planta magnífica, pero también es de los que toman, ya lo creo que sí. Está tan pagado de sí mismo que más que le gusten, prefiere ser gustado.

Jean-Paul pinchó una seta con el tenedor y luego, casi en tono de pregunta, opinó:

—A ti te va mejor Martin, ¿verdad?

—¿Martin? —Se quedó sería de golpe, la risa acababa de fraguar en su boca, solidificándose, haciéndose dura—. ¿Qué es lo que sabes de Martin?

—Más bien pregúntame qué es lo que no sé.

—Pues bien, ¿qué es lo que no sabes?

—¿Dónde está?

—¿Martin?

—Si seguimos así, esto será un aburrido juego de palabras.

—Pero ¿tú quién eres, qué buscas? ¿No eres de la CBS?

—No, no soy de la CBS, aunque estoy haciendo un trabajo para un americano.

—Y ese americano, ¿a qué se dedica ahora?

—De momento, a la cría de gusanos —respondió

intencionadamente, aunque la mujer no podía conocer, el significado de sus palabras.

—¿Gusanos? Qué asco. Me han propuesto cosas muy raras, pero esto de los gusanos no me gusta.

—¿Has comido bien?

—Sí, mucho. Los de la productora de vídeo sólo me invitan a comer así cuando preparan una nueva grabación.

—¿Te parece si seguimos charlando en tu apartamento? Si es tranquilo, claro.

Emmanuelle lo guió hasta el apartamento que ella tenía a las afueras de París, en una urbanización bastante tranquila. Era un apartamento soleado cuando lucía el sol, pues la zona solía padecer bastantes días de niebla al año.

Emmanuelle quería ligárselo. Rébus había conocido a un buen puñado de mujeres en su vida, pero tenía que admitir que Emmanuelle era un prodigio de la Naturaleza, una mujer para excitar a los hombres, capaz de hacer resucitar a los muertos y mojar braguetas pudorosamente cerradas, y

Jean-Paul

no era de piedra. Si había aceptado un millón de dólares del que aún no sabía cuánto dinero le iba a quedar al final, ¿por qué no aceptar también lo que Emmanuelle pudiera ofrecerle?

El tiempo de ponerse más cómodos, de tomarse una bebida, etcétera, se le pasó como si no hubiera existido. No amaba ni amaría nunca a Emmanuelle, le parecía tonta intelectualmente hablando, claro que en lo demás...

—Me han gustado tus gemidos —ramoneó ella.

—¿Mejor que los gorilas? —preguntó él sin soltarla, sin apartarse, manteniendo el contacto de su piel con la de la mujer, ahora totalmente húmeda desde la frente a los pies.

—No te creas que me acuesto con todos, no soy una furcia.

Lo peinó con sus dedos y luego hizo cosquillas en el costado y en la axila. Jean-Paul se hizo a un lado dejando caer su espalda sobre la cama. Ella se incorporó para pasar sus pechos sobre el rostió del hombre, jugando con él.

—Me gustas,

Jean-Paul,
me gustas.

—Estoy seguro de que vales mucho para tu trabajo.

—Oye, tú me caes bien. Aunque te parezca mentira, hace ya un año desde el último orgasmo Tú me molas, contigo todo sería bueno.

—Eso mismo pienso yo.

—Entonces, nos liamos. Si pasa un año y no nos va bien, que cada cual siga su camino. Te advierto que puedo ofrecerte números sorprendentes, he aprendido mucho en mi trabajo.

—Lo supongo, pero hay un inconveniente.

—¿Cuál? No irás a quejarte de lo que te cuelga, porque veo que tu capacidad de recuperación es excelente.

Comenzó a manosearlo hábilmente mientras él la dejaba hacer.

—Tengo que salir de viaje a Sudamérica.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Y tu regreso?

—No sé, depende de Martin.

—¿Martin? —Se sentó sobre la cama, dejando de masajearlo—. Martin es un cabrón que se queda mi dinero porque se cree guapo.

—Pues, no se lo des, así de simple.

—Ya me ha dado varias palizas y me ha jurado que va a desgraciarme. Le creo capaz de hacerlo y yo, sin mi cuerpo, no sé con qué iba a ganarme la vida.

—De modo que ese Martin es un macana.

—Sí, un chulo de mierda. Oye, seré tuya todo lo que quieras, sólo tendrás que silbar para pasártelo fenómeno si le dices a Martin que me deje tranquila, pero eso sí, ándate con cuidado. Si me pregunta, yo le diré que le amo a él y que tú eres un chulo de mierda que quieres convertirme en tu esclava. La verdad es que te prefiero a ti, pero es por si tú no lo sometes no quiera luego vengarse conmigo.

—A Martin déjalo de mi cuenta. Dime dónde puedo encontrarlo.

—La verdad es que hoy vive aquí y mañana allá. Alquila un piso, luego lo deja y toma otro, pero podrás encontrarlo en el Boulevard Montmartre, yo te diré en qué sitio...

Como si hubiera aligerado sus piernas veinte o treinta quilos,

Jean-Paul

llegó a la taberna del Boulevard Montmartre.

Emmanuelle le había mostrado una fotografía de Martin, fotos que él había terminado hurtándole mientras ambos se despedían.

Pasó una hora y Martin no aparecía. Decidió llamar por teléfono a Nelia. Nelia era otra cosa. Tenía un cuerpo hermoso, más ágil y elástico que Emmanuelle que estaba algo rellenita.

A Nelia se la podía amar, además de gozar, pero era de las mujeres que podían obligar a un hombre a mantenerse en la antesala de espera toda una vida. Acostarse con Nelia no era lo mismo que retozar como un animalillo silvestre con Emmanuelle.

—¿Has averiguado algo?

—Todavía no estoy seguro, pero puede que haya cogido un buen cabo de este lío.

—Esa Emmanuelle es una zona, ¿verdad?

—Sí, totalmente —asintió con sinceridad.

De pronto, la voz femenina vaciló, sonó más insegura, incluso se podía captar ansiedad en ella.

—Y a ti te gustan las mujeres como ésa, ¿verdad?

—Una botella de *champagne* Dom Pérignon es de mi gusto, pero mientras no llega esa botella de *champagne*, no desprecio un buen vermuth.

—Eres igual que todos, un cerdo —le espetó ella, evidentemente molesta.

—Eso ya me lo dijiste la primera vez que me hablaste por teléfono, claro que yo dejaría de tomar vermuth si me ofrecieras tú un buen *champagne*.

Ella, haciéndose la desentendida, preguntó:

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Ya te lo diré. —Y colgó el teléfono.

En la taberna acababa de entrar Martin, el chulo que extorsionaba a Emmanuelle.

Jean-Paul Rébus se mantuvo vigilante. Observó que Martin daba una ojeada al local y al fin se acercó a una mujer que podía pasar por un ama de casa aburrida.

No pudo oír lo que hablaban, pero gracias a un espejo, Rébus vio crispase el rostro femenino. Ésta abrió su bolso y le pasó unos billetes. Entonces, Martin, casi paternalmente, le dio una palmadita en la mejilla, pero lo hizo después de guardarse el dinero.

Martin habló un poco más con la mujer, la cual permaneció

callada, y después, la dejó. Se fue hacia el mostrador y allí pidió un coñac. Se lo bebió y habló brevemente con un tipo bajito que vendía cigarrillos. Jean-Paul supuso que también vendería algo de droga blanda. Martin le pagó y salió a la calle. Jean-Paul le siguió.

Rébus aceleró el paso y pareció que fuera a rebasarlo, pero al llegar a su altura (estaban pasando frente al portal de una escalera) le dio un empujón con el hombro que fue suficientemente fuerte como para meter a Martin en aquel vestíbulo.

Cuando Martin quiso rehacerse, al tiempo que empuñaba una navaja automática cuya hoja quedó desnuda, se vio frente al cañón de la pistola que empuñaba

Jean-Paul

Rébus.

—Deja caer la navaja, o te lleno la tripa de plomo.

Martin no era un imbécil ni un héroe. Dejó caer la navaja, pero sin perder de vista a Rébus.

—¿Qué quieres? No llevo encima más que unos pocos francos.

—No te voy a robar, chulo de mierda.

—¿A qué viene esto, entonces, quién eres?

—¿Dónde está Napoleón?

—¿Napoleón? Pues, en los Inválidos —y se echó a reír.

—No tiene gracia —te advirtió

Jean-Paul,

al tiempo que sacaba el silenciador.

Con una hábil y rápida maniobra para no dejar a Martin tiempo para reaccionar, comenzó a colocar el silenciador en el cañón del arma que en todo momento estuvo apuntando al macarra.

—Eh, espera, espera —pidió Martin—. No sabía que no te gustaban los chistes sobre Napoleón.

—Tú y yo sabemos de qué Napoleón hablamos, de modo que suelta la lengua o esto empezará a soltar taponazos. Cuando te encuentren, no habrá nada que hacer por ti.

—Napoleón está de viaje.

—¿Adónde?

—Hispanoamérica.

—¿A qué lugar?

—Costa Larga.

—¿Qué hace allí?

—Ha ido a llevar a unas chicas. Ya sabes que aquella gente paga muy bien por auténticas chicas francesas. Les parece que así los polvos tienen más elegancia.

—Sí, eso he oído contar. Ahora, dime, ¿dónde está Louis?

—¿Qué Louis?

—La próxima vez que hagas el idiota te voy a pegar el primer tiro.

Martin esperaba que de un instante a otro entrara alguien en el vestíbulo de la escalera y le salvara de tan delicada situación.

—Te estoy preguntando por Louis *el Bretón*.

—No le conozco.

Con una frialdad que asustó a aquel miserable,

Jean-Paul

Rébus apretó el gatillo de su pistola provista de silenciador.

—¡Oauuuuh!

Martin dio con su espalda contra la pared. Quiso ponerse en pie y no lo consiguió. Su espalda resbaló contra la sucia pared hasta que quedó sentado en el suelo, mientras su pierna sangraba.

—Te he destrozado la rodilla y si no respondes, seguiré disparando.

Martin había tratado con muchos tipos duros en su vida y pese a su situación de dolor, se daba cuenta de que se hallaba frente a uno de ellos. Jean-Paul Rébus no era un simple bocazas y el cañón del silenciador seguía apuntándole.

—Louis *el Bretón* es ahora piloto privado.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En el aeropuerto de Nancy.

—¿Y qué hace allí?

—Se contrata al mejor postor —replicó con una especie de gruñido, pues la rodilla le dolía—. ¿Qué os une a los dos?

—Nada.

Jean-Paul Rébus pensó que si hablaba demasiado podría estropearse su investigación. Martin no sabía nada respecto a él, aunque podía llegar a relacionar las preguntas hechas sobre Louis *el Bretón* y Napoleón, pero si tenían que llevar a cabo un plan llamado Operación Halley, no iban a dejarlo correr por las preguntas que él

hubiera hecho.

Por medio debía haber mucho dinero; si no, ¿de qué habrían puesto en sus manos un millón de dólares?

—A partir de hoy te vas a olvidar de Emmanuelle.

—¿Emmanuelle?

—Sí, la dejarás en paz. Si quiere hacer vídeos como duros, es cosa suya, es dueña de su cuerpo y de todo lo que va unido a él.

—Es una puta, la saqué de...

—Eso no me importa —le cortó Rébus—. Tú la olvidas. Si me entero de que le has pegado, de que la has amenazado, considérate hombre muerto. En la próxima ocasión que nos veamos no te daré tiempo ni a verme, dispararé sobre tu nuca lo mismo que tú has aprendido a hacer.

Lo dejó en el suelo, ya se las arreglaría con su pierna. Después de todo, sólo le había roto la rodilla e iba a ser difícil que el resto de su vida caminara sin cojear. Martin, un chulo de mala sangre, merecía más, mucho más.

Jean-Paul Rébus no quiso convertirse en su verdugo y se dirigió hacia la puerta para salir de la escalera, pero su instinto de supervivencia funcionó una vez más.

Se apartó del umbral de la puerta cuando sonó una débil detonación. Él, al mismo tiempo, se revolvió y disparó sobre Martin, introduciéndole una bala entre las cejas.

Martin tenía en su mano una diminuta pistola sin culata, una traidora pistola femenina para llevar en el bolso, un arma muy sofisticada para ser empleada a corta distancia.

La había querido usar en mal momento y

Jean-Paul

le replicó en legítima defensa. La bala del veintidós, disparada por Martin, se incrustó en la madera de la puerta de doble hoja, de aquella escalera solitaria y sórdida.

Rébus escondió la pistola y salió a la calle.

Comenzaba a llover. Martin había quedado en el suelo del vestíbulo con los ojos fríos, abiertos, vidriosos.

CAPÍTULO V

Nelia se mostraba fría y cortante, pero no quería alejarse de Jean-Paul Rébus, el cual conducía su Lancia turbo en dirección a la ciudad de Nancy.

—¿Has leído el periódico?

—No. ¿Dice algo importante?

—Habla de una muerte.

—¿Martin?

—Puede que esa noticia venga en el periódico de la mañana.

—Entonces, ¿de qué muerte habla?

—Un camión, a juzgar por el aplastamiento de la víctima, atropelló a un hombre.

—Una muerte por accidente de circulación no es cosa extraña, desgraciadamente.

—El muerto es un exmayor del ejército francés.

—¿Albio?

—El mismo.

—Ya no podía vivir mucho, las cosas no le iban muy bien. Decidió soltar la lengua para sobrevivir y no se lo han perdonado.

—¿Has sido tú?

—No. Yo no tengo un camión para aplastar al alacrán blanco. — Sin perder atención en el pilotaje del coche, comentó—: Ese tipo ha hecho mucho daño a lo largo de su vida, sino directamente, si preparando a otros para que lo hicieran. No se ha perdido nada con su muerte, aunque unos cuantos sepulcros blanqueados que prefieren que no se conozca su sucia y doble vida, respirarán más tranquilos, siempre que alguien se haya encargado de quemar las agendas y manuscritos del alacrán blanco. No me extrañaría que la casa de Albio se incendiara fortuitamente.

—Si alguien se apodera de las agendas de Albio que, como tú

dices, deben contener mucha suciedad y nombres, el que las posea podría hacer dinero chantajeando. ¿No es cierto?

—Sí, podría, pero firmaría su sentencia de muerte. Chantajear a esa clase de gente no es lo mismo que chantajear a un empresario, a un burgués o a un hombre de profesión liberal como puede ser un artista, un médico o un abogado. A todos éstos se les puede extorsionar más o menos si tienen puntos débiles en su vida, pero esos otros tipos, son de altos vuelos y tienen perros, muchos de ellos uniformados, que hacen sus trabajos sucios. Muchos imbéciles se ponen a hacer el juego del chantaje porque creen que es muy fácil mantenerse en el anonimato, pero no es así. Los verdaderos chantajistas que consiguen sacar provecho a las informaciones son los medradores y lameculos que van subiendo lentamente en el escalafón, dejando algo en el aire para que el extorsionado se fije en ellos.

—Entonces, ¿no importa quién haya silenciado a Albio?

—No, no importa, ése es un caso que la policía jamás esclarecerá. Si algún inspector de la PJ encuentra una pista, le surgirán tantos problemas que jamás resolverá el caso. El caso del alacrán blanco quedará cenado para siempre como un accidente de tráfico y ocurren tantos al cabo de la semana...

—¿Y tú no temes morir alguna vez como ha muerto Albio?

—Yo no me meto en los asuntos en que militaba Albio; no obstante, soy consciente de que siempre estoy corriendo riesgos. Ahora mismo estoy metido hasta el cuello en un asunto llamado Operación Halley que desconozco por completo y no sé si al final este asunto terminará con mi vida. Te prevengo que si insistes en seguir a mi lado puedes terminar en el mismo entierro haciéndome compañía.

—Prometí a Frank que seguiría en este asunto hasta el final.

—¿Y no te has preguntado a ti misma si en este asunto precisamente Frank jugaba sucio? Te prevengo que Frank había llevado a cabo mucha clase de trabajos, algunos dignos de aplauso y otros, verdaderamente repugnantes.

—Frank no era capaz de hacer nada que fuera sucio.

—Frank era un profesional y le importaba muy poco lo que hacía, mientras lo hiciera bien.

—Si dudas de Frank, ¿por qué sigues tú adelante?

—Por varias razones.

—¿Cuáles? —quiso saber Nelia, más directa, menos a la defensiva, estirando sus torneadas piernas enfundadas en unos pantalones de pana color melocotón.

—Algún día, si me parece, te las contaré. —Mantuvo un largo silencio sin que ella añadiera nada. Luego, le observó—: Todavía no me has dicho si eras la amante de Frank *el Yanqui*.

—Y si lo hubiera sido, ¿qué? ¿Acaso eso podría tener alguna importancia?

—No, claro que no. Eres una mujer muy moderna y libre. Andas metida en problemas porque imagino que ésta es ahora tu forma de vida y te va bien. Tienes un bonito apartamento y elegantes vestidos. He observado que llevas un reloj Rolex y no te privas de nada. Supongo que todo eso lo pagaba Frank o sus amigos.

—¿Tratas de llegar a la conclusión de que soy una puta de altos vuelos?

—No me gusta emplear esa palabra contigo —gruñó Jean-Paul,

tomando el cambio de marchas y pasando de la quinta a la cuarta y luego a la tercera, hundiendo el pie en el pedal del gas y rebasando a un vehículo menos poderoso que el suyo que se negaba a dejarle paso.

—A mí me gusta hablar con claridad.

—Sí, ya lo he notado. Pareces muy delicada, muy segura de ti, una auténtica preciosidad, pero empleas un lenguaje duro. Por cierto, es tarde. ¿Te parece que vayamos a un hotel que conozco?

—¿Es un lugar bueno para una encerrona? —preguntó, desafiante.

—Si tienes algún temor, buscaremos un hotel más... señorial, claro que en esos hoteles también se hace el amor y se ponen cuernos a los maridos.

—No te tengo ningún miedo. Vamos a donde quieras.

El hotel se hallaba ubicado en el centro de la ciudad, a poca distancia de la plaza de Stanislas, entre la ciudad nueva y la vieja.

Era un hotel de cuatro estrellas y junto a él había un club nocturno que dependía del propio hotel aunque llevara otro nombre. El club se llamaba Bonne Chance y el hotel, Master.

—¿Una habitación con dos camas o una? —les preguntó el

conserje.

—Dos habitaciones de una sola cama. Eso sí, que estén cerca —
puntualizó

Jean-Paul

sin siquiera mirar a Nelia.

—¿Cuánto tiempo estarán?

—Una noche, quizá más, no lo sé todavía.

Llevaban poco equipaje, pero Nelia se cambió por completo para cenar. Jean-Paul Rébus le preparó una cena muy cuidada.

—Me he permitido hacer el encargo de los platos y las bebidas. Si te molesta puede anularse y pides lo que desees.

—¿Has pedido *champagne*?

—Sí, claro.

—Entonces, no es preciso que anules nada. Espero que hayas pensado que no soy una tragona.

—La verdad es que he pedido un entrante de caviar, unos espárragos con mahonesa guarnecidos con *carones* ralladas y unos medallones de merluza al jerez. Para terminar, pastel de manzana *flambée*.

—Me parece bien.

—¿Quieres que luego vayamos a la *boîte*?

—¿Cuál es tu plan mañana? —le preguntó Nelia, mientras fumaba un cigarrillo que había sacado de su propia pitillera.

—Mañana tengo que averiguar dónde se encuentra Louis *el Bretón*. Luego, decidiré en consecuencia. Martin ha muerto, sólo quedan Napoleón y Louis *el Bretón*, en la llamada Operación Halley.

—¿Y si perdemos de vista a ese Louis?

—Tendríamos que viajar hasta la capital de Costa Larga y contactar con Napoleón. A lo peor tendría que hacerte pasar por la zorra más elegante y cara de toda Francia.

—¿Quéee...?

Ante la extrañeza de ella,

Jean-Paul

Rébus le explicó:

—Napoleón es un proxeneta internacional. En los ambientes más ricos de Sudamérica se pagan muy bien las mujeres francesas.

—Muy gracioso —replicó ella con sarcasmo.

—¿Te has planteado alguna vez acostarte con un hombre por dinero? Si te molesta responderme, cortamos el tema y asunto terminado.

—Creo que todos los seres humanos tenemos pensamientos inconfesables y nadie, absolutamente nadie, debe pretender entrar en ellos.

—Pienso que tienes razón. Hay pensamientos inconfesables que se controlan perfectamente, se neutralizan y no ocurre nada. Otros, se dejan arrastrar por ellos y ésa suele convertirse en su doble vida. Por cierto, ¿sabes qué opinaba Frank *el Yanqui* de las mujeres?

—Que todas, menos su madre, somos unas zorras.

—¿Te lo dijo a ti también?

—Ésa era una expresión muy propia de Frank. Luego solía pedir perdón y asunto terminado.

—Si Frank pedía perdón, es que algo le interesaba mucho, quizá quería conseguir tus favores.

—Tengo la impresión de que estás maquinando ocupar el lugar que Frank dejó vacío —comentó Nelia muy despacio, sin apartar sus ojos esmeralda de los marrones rojizos de él.

—Yo podría decirte que no me gusta comer las sobras que otros dejan, pero admito que hay pianos usados que suenan muchísimo mejor que nuevos.

—¿Así sonaba Emmanuelle?

—Ella es una chica puramente sensual.

—Sexo-porno, diría yo.

—Quizá, pero todos los que compran los vídeos en los que ella sale, querrían acostarse con Emmanuelle y no es para criticarla.

—Puro instinto animal —censuró Nelia, despectiva.

—Es que no dejamos de ser animales, racionales, claro está, pero también animales. Reaccionamos como muchos mamíferos y fijarse en una hembra de atractivas condiciones físicas es lógico y natural.

—Desde ese punto de vista, me temo que justificarías la violación. Bastaría que un hombre se fijara en una mujer hermosa que le gustara para tener el derecho animal de violarla, lo quisiera ella o no.

—En ese caso, sí que debemos diferenciamos de los animales. La mujer tiene perfecto derecho a seleccionar al hombre.

—Menos mal que nos consideras por encima de los mamíferos como los gatos o los perros.

—No creas. Que yo sepa, ni las gatas ni las penas cobran por hacer el amor. Pueden hacerlo muchas veces, eso sí, y sin discriminar a los machos e incluso con varios, pero no por dinero.

—Tengo la impresión de que me estás acusando veladamente de algo.

—¿Y si te dijera que voy a abandonar?

—¿Abandonar?

Un relámpago de preocupación cruzó los ojos de la hermosa mujer.

—Sí, me estoy hartando de este asunto. No le veo el final ni la razón. No sé adónde tengo que ir a parar ni por qué ni para qué.

—Frank te lo pidió.

—¿Tú crees que ésa es una razón convincente para que me juegue la vida?

—Dijiste que tenías valías razones.

—Pero resulta que soy muy cambiante.

—¿Y el maletín?

—¿Sabes lo que contenía?

—Dinero.

—Hum, sabes bastante.

—Lo que no sé es cuánto dinero había. Si Frank te lo dio, seguro que quería que te consideraras pagado con ese dinero. Si dejas el asunto, te habrás quedado el dinero sin hacer el trabajo y eso es malo.

—¿Estás tú para vigilarme, ya que Frank *el Yanqui* no puede hacerlo?

—Yo quiero que esa operación quede abortada. Lo pidió Frank.

—¿Te entregó a ti algún otro maletín?

—¿Te he preguntado yo cuánto dinero había en el tuyo?

—Me temo, Nelia, que estamos condenados a recelar el uno del otro y es una pena, porque me gustas mucho.

—¿Para saciar tus instintos sexuales como hiciste con Emmanuelle?

—Ya te dije que yo no confundo el vermouth con un excelente *champagne*. Tú eres más, mucho más que sexo, nada tienes que ver con Emmanuelle.

—¿Con cuántas mujeres te has acostado?

—¿Te he preguntado yo con cuántos hombres has hecho lo propio?

—Verás,

Jean-Paul,

tengo algo de jaqueca y será mejor no ir a la *boîte*. Después de todo, no creo que me ofrezcan nada que no haya visto ya, he estado en muchos clubs.

Jean Paul pensó que Nelia era la mujer más difícil con la que se había topado, aunque en principio, por su forma de vivir, le había parecido una mujer fácil, y se suponía que tras la muelle de Frank *el Yanqui* ella desearía suplir al muerto por otro vivo; en ese caso Jean-Paul

Rébus, que era el hombre escogido por el propio Frank para abortar la Operación Halley.

—Te acompañaré a la habitación.

—Puedes ir a la *boîte* si quieres. Allí encontrarás otras mujeres que podrán satisfacerte.

La miró con mucha fijeza, dispuesto a hacerle creer las palabras que iba a decirle a continuación:

—A mí no me interesa otra mujer que no seas tú.

La dejó en su habitación y él se fue a la suya que era contigua. Cogió el teléfono y marcó un número que llevaba anotado en una pequeña agenda. En la tapa de dicha agenda sólo había unas iniciales, «M.M.».

—¿Sí, diga? —preguntó una voz femenina.

—Marguerite...

—¡Jean Paul! —exclamó con alegría la voz femenina.

—Oye, disculpa que te llame.

—Todo lo contraria

Jean-Paul,

ha sido una agradable sorpresa oírte.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Dime dónde estás y vengo rápida, es mi noche libre.

—No, no, es otra clase de favor.

—Ah, bueno —respondió la mujer con evidente desencanto.

—Se trata de saber dónde está un amigo al que quiero darle una sorpresa. Se llama Louis Amjou y tiene acento bretón. Es piloto

privado y sé que está en Nancy.

—¿Y qué quieres saber de él?

—Dónde se encuentra y qué hace, quiero darle una sorpresa. Él no sabe que estoy aquí. Tú que eres azafata de tierra puedes hacerme ese favor.

—De acuerdo, lo intentaré. ¿Adónde te llamo cuando sepa algo?

—Al hotel Master, habitación dos cero tres.

—Está bien, te llamaré. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—¿Estás acompañado?

—Puedo jurarte que estoy solo en la cama, pero como si estuviera acompañado. Espero que lo comprendas.

—Claro que sí, amor. ¿Cuándo volverás a Nancy?

—No preguntes hoy lo que haré mañana, porque no sé si estaré vivo.

—Eres un granuja pero te adoro.

Colgó el teléfono y se tumbó en la cama boca arriba. Estaba algo fatigado por la conducción. Aún no tenía un plan concreto respecto a lo que haría cuando supiera más sobre Louis *el Bretón*.

Lo que sabía respecto a Louis es que se trataba de un tipo inteligente a la par que sanguinario. Utilizaba cualquier pretexto para sacar a flote sus instintos y quienes en determinados momentos creyeran que se trataba de un idealista, se equivocaban.

Llamaron a la puerta.

Jean-Paul estaba en pijama y se levantó algo ceñudo. Si fuera alguien del hotel, habría avisado antes por teléfono. Tomó la pistola que llevaba consigo y se acercó a la puerta, abriéndola de golpe.

—Jean-Paul...

Era Nelia la que estaba en el umbral, envuelta en un salto de cama rosado. Parecía una diosa. Jean-Paul Rébus apuntó hacia ella con su pistola.

CAPÍTULO VI

El timbre del teléfono no le arrancó del sueño porque en realidad no dormía. Sabía que aquello era malo, pues al día siguiente no tendría la mente todo lo fresca que era de desear.

—¿Sí, diga?

A su lado, en la cama, Nelia entreabrió los ojos.

—¿Jean-Paul? —inquirió la voz femenina al otro lado del hilo.

—Hola, Marguerite.

—No he podido esperar a que se haga de día, quería informarte sobre lo que me has preguntado. He estado haciendo llamadas a mis compañeros del aeropuerto.

—¿Qué has averiguado?

La voz juvenil de Marguerite explicó:

—Louis Anjou es piloto privado como tú has dicho y es bretón.

—Hablamos del mismo personaje.

—Se contrata como piloto suplente y en algunas ocasiones se contrata para comandar «jets» privados.

—¿Se ha contratado últimamente?

—Sí, tiene que suplir al piloto de un *jet* privado que se ha puesto enfermo.

—¿Un *jet* privado?

—¿Seguro que no dirás nada a nadie? Es secreto.

—Naturalmente que no, ya me conoces.

—Demasiado, granuja, demasiado. Ah, el dueño del *jet* es un millonario sudamericano llamado Braucone, un tipo con mucha pasta.

—¿De Costa Larga?

—Sí, veo que ya lo sabes.

—¿Cuándo parten para Costa Larga?

—Parece ser que Braucone ha venido a Francia para unos negocios. Creo que partirán mañana por la noche, pero antes harán

una escala en Londres y otra en Miami.

—Entiendo. Es una pena, no podré ver a Louis.

—Si lo buscas mañana en el aeropuerto, es posible que lo encuentres.

—No, mejor no, y no digas nada.

—Y tú, tampoco, granuja. ¿Me dejas decirte una cosa?

—Lo que quieras, estoy en deuda contigo.

—¿A que no eres capaz de jurarme ahora que estás solo en la cama?

—¿Has hecho un pacto con las brujas?

—Te conozco demasiado bien.

—Eres muy comprensiva, Marguerite.

Le lanzó un beso por el teléfono y después colgó.

—¿Otra amiga tuya? —preguntó Nelia, casi en un ronroneo.

Jean-Paul introdujo su mano por el interior del embozo de la cama y no la detuvo hasta palpar la suavísima nalga de Nelia, comenzando a acariciarla.

Nelia había respondido tal como

Jean-Paul

había imaginado de antemano. Se le había entregado en silencio. Había sido un acto de amor totalmente distinto al gozado con Emmanuelle.

Lo que había sentido con Nelia,

Jean-Paul

jamás iba a olvidarlo. Sólo recordarlo ya le producía un intenso placer y más en aquellos momentos que la tenía al alcance de sus manos, de su cuerpo, de sus labios, de su propio sexo que acercó al cuerpo femenino para notar aquel suave calor humano que emanaba de la piel aterciopelada, una piel que su mano seguía acariciando mientras el cuerpo de ella se movía algo juguetón.

—¿Quién era? —insistió Nelia, siempre ronroneante, como una gata mimosa que exige seguir siendo acariciada.

—Hemos de salir de viaje.

—¿Ahora? —inquirió sin abrir los ojos.

Jean-Paul notó como la mano de Nelia le pasaba por la cintura y se le enroscaba, aproximando todavía más su cuerpo al de él.

¿Cómo había sido?

Jean-Paul

trató de recordarlo. Nelia había sido la primera en besar. Ella había deshecho el lazo que sujetaba el pantalón de él a la cintura y había abierto la chaqueta del pijama para hundir sus dedos en el vello del tórax masculino.

Sin verlos al principio,

Jean-Paul

se había llenado las manos con los pechos femeninos. Moviendo al mismo tiempo pulgares e índices, había hecho aflorar los largos pezones, erectándolos. Los besó y chupó con habilidad hasta que escaparon chillidos de dolor y de placer por los labios de Nelia. Aquello había sido el principio de algo grandioso que no olvidaría nunca.

Sí, era muy distinta a Emmanuelle. La chica del vídeo de los gorilas que excitaba sexos encarados con el televisor, nada tenía que ver con Nelia.

—¿Adónde tenemos que ir? —preguntó ella, arrancándole de sus pensamientos.

—Hemos de regresar a París.

—¿No teníamos que encontrar aquí a Louis *el Bretón*? —preguntó, estremeciéndose como si tuviera frío.

—Sí, pero él se larga.

—¿Adónde?

—A Sudamérica, pero si nos espabilamos, podemos llegar antes que él y esperarlo.

—¿Vamos a Sudamérica?

—Sí, a un bello país donde manda un dictador de mierda. Lo malo es que allí no podré llevar mi pistola.

—¿Ah, no, te la vas a dejar aquí? —rezongó mientras sus dedos cogían lo que ella entendía por pistola.

—No seas zorra.

La destapó, dejando su cuerpo desnudo totalmente al descubierto, y le propinó una sonora palmada en las nalgas.

—¡Arriba, tenemos que irnos!

Nelia lanzó un gritito y cuando comenzó a llamarle bestia, bruto y otras lindezas,

Jean-Paul

ya no oía nada. Dos docenas de dardos de agua fría trataban de hundirse en su cabeza. El agua de la ducha, resbalando por su

cuerpo, enfrió su mente.

Hora y media más tarde, el Lancia rodaba por la carretera a gran velocidad de retorno a París. En realidad, se dirigían al aeropuerto de Orly.

—Necesitaré equipaje, alguna cosa que ponerme —había protestado la joven.

—No te preocupes. Allí hace calor y yo llevo dinero para poder comprarte lo que quieras.

—¿Y la pistola?

—De eso ya hablaremos en Costa Larga.

Tuvieron suerte. Apenas tres horas más tarde de su llegada al aeropuerto de Orly partía un avión con destino a la capital de Costa Larga.

Personas de mundo como eran, ya llevaban sus pasaportes listos. Llevaron su escasísimo equipaje para que fuera cargado en el avión y se dirigieron al restaurante del aeropuerto para comer.

Nelia caminaba junto a

Jean-Paul

Rébus sensual y elástica como una joven felina. Él observó que no pocos hombres volvían sus rostros disimuladamente para mirarla. Ella había cambiado completamente su actitud hacia él y ahora, sólo les restaba viajar a Costa Larga y allí, dejarse matar.

CAPÍTULO VII

—¿De veras se van a tragar que somos franceses del mundo del cine buscando paisajes para una película? —preguntó Nelia.

—Es posible que no se lo crean —aceptó

Jean-Paul

Rébus—, pero hará como que se lo tragan.

—¿Por qué?

—Pensarán que venimos a vender armas o que queremos comprar esmeraldas o cocaína. Siempre hay funcionarios metidos en todos los negocios sucios. Lo que no se puede es entrar sin dinero, sin repartir unos dólares que les gustan mucho.

—¿No nos molestará la policía?

—Espero que no. Nos vigilarán, eso sí, pero...

—Si nos vigilan, ¿qué podremos hacer?

—De momento, contemplar el paisaje y esperar que llegue al *jet* privado del multimillonario Braucone. Louis *el Bretón* es el piloto del avión.

Nelia se asomó a la terraza que daba a la bahía. Sus ojos se llenaron con la belleza natural de aquel lugar privilegiado.

El sol moría por el mar y las palmeras cocoteras quedaban a contraluz mientras el mar adquiría una extensa gama de color, azul, negro, rojizo, y todo espolvoreado con polvo de brillantes.

La ciudad se extendía a la derecha del hotel hacia el norte, como hundiéndose en la falda de la colina; después crecía hacia el este, abriéndose paso entre la vegetación.

—Es un lugar precioso.

—Cierto —admitió

Jean-Paul

acercándosele por la espalda y pasándole las manos por la cintura. La atrajo hacia sí, presionando las nalgas y la espalda de la mujer contra sí.

—Para que nazcan unas excelentes rosas parece que hay que echar unas paladas de estiércol en la tierra.

—A mí me parece que aquí se han pasado echando estiércol. El lugar es más bonito de lo que algunos tipos merecen.

—¿No te cae bien la gente de aquí?

—No me caen bien los dictadores, de la clase que sean.

—Pues tendrás que andarte con cuidado. Aquí suelen desaparecer hasta los periodistas.

—Donde hay un dictador siempre hay muchos perros con humos de dictadorcetes y mientras vean que pueden sacarme dinero, no nos tocarán. Además, supondrán que estamos bien relacionados.

—¿Y si la policía secreta de aquí quiere averiguar más de lo necesario?

—En ese caso, les diré la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó Nelia, volviéndose hacia él y quedando con los pechos apoyados sobre el abdomen masculino.

—Que estoy aquí para hacer un trabajo que se le ocurrió a Frank *el Yanqui*.

—¿Será eso suficiente?

—Me temo que sí. El dictador de Costa Larga jamás se pondría a malas con Frank *el Yanqui* o uno de los suyos. No creo que sea preciso explicar más.

—Te entiendo. ¿Y ahora?

—Hay que visitar la ciudad. He encargado que nos tengan listo un coche de caballos. Seré más bien generoso con las propinas y verás cómo mañana todos nos sonríen. Así es la vida. Nelia.

Pasearon por la ciudad que les pareció maravillosa, puesto que no visitaron los suburbios donde hermanados con el hambre y la miseria se guarecían los mestizos y auténticos indígenas.

Por la noche, se dirigieron a un elegante club.

El espectáculo que allí se ofrecía era de los llamados «tropicales», pseudo-folklore adulterado y sexualizado para deleite de los turistas, especialmente anglófonos.

Muchos de los clientes de aquel local nocturno eran extranjeros. Para un nativo, si conseguía rebasar la barrera de matones que controlaban la puerta, iba a ser muy difícil poder pagar la escalofriante factura por una noche de diversión.

—Hola,

Jean-Paul

—saludó muy efusivo un hombre vestido de *smoking* que usaba brillantina en su pelo ondulado y ocultaba el labio superior bajo un bigote recortado.

—Hola, Pepone. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

—No sé, hace bastante tiempo y creo que fue en El Cairo, ¿verdad?

—Es posible. ¿Andabas comprando heroína por allí? —pidió Pepone. Luego, mirando a Nelia, inquirió—: ¿No me la presentas?

—Sí, claro. Nelia, amiga de un amigo y amiga íntima mía.

—¿Es un lío de palabras?

—Oye, ¿has visto a Napoleón por aquí?

—¿Napoleón? Sí, claro que le he visto. No vendrá ella por... —preguntó muy significativamente.

Nelia puso gelidez en su mirada y luego clavó sus ojos en Jean-Paul Rébus.

—No pretenderás que te cuente a qué he venido, ¿verdad, Pepone?

—No, claro que no. —Paseó su mirada sobre el cuerpo de la joven y ésta sintió que le quitaba no sólo el vestido sino incluso la piel.

—Oye, si has de entrar en tratos con Napoleón, yo pago más que él, no lo olvides.

—Nunca olvido a los buenos amigos. Pepone, pero te recomiendo que no te metas en más líos, que ya estás hasta el cuello. Por cierto, me gustaría saber cuándo aterriza el *jet* de Braucone. ¿Puedes pedir a tu secretario que lo averigüe? Se entenderá mucho mejor que yo con la gente del aeropuerto. Ah, y no digas que lo pido yo.

—Braucone... —Pepone silbó admirativo—. Vas a los peces gordos, ¿eh? —Volvió a pasear su mirada por Nelia—. Claro que ella se merece lo mejor y él puede pagarlo.

—Braucone es un tipo que sabe hacer dinero, Pepone.

—Yo también, aunque no tanto como él, claro, lo mío es más doméstico. ¿Sabías que Braucone fue director general de la policía en otro gobierno de la república y que se comenta que fue entonces cuando comenzó a amasar su fortuna, ya puedes imaginar cómo?

—Tengo poca imaginación, pero en este caso, es fácil suponerlo. Yo sabía que había llegado al grado de capitán como militar.

—Sí, con ese grado fue director general de la policía. Un tipo duro de veras, pero dejó la política y ahora se dedica a sus negocios y parece que le va muy bien.

—Sí, eso he oído.

—¿Quieres un consejo?

—Viniedo de un amigo como tú, lo acepto.

—Ándate con cuidado con Braucone, es muy peligroso.

—Gracias por la advertencia. Espero divertirme mucho esta noche en tu club, y, ya sabes, cuando tu secretario haya averiguado lo que te he pedido, me gustaría que me lo dijera enseguida.

—Dalo por hecho,

Jean-Paul.

Ah, Napoleón se hospeda en un palacete de la avenida del Santuario.

—¿Sabes el número?

—No, pero el palacete tiene nombre, se llama Inmaculado.

—¿Es un chiste?

—No, no es un chiste. Allí está Napoleón, hospedado con sus acompañantes.

Cuando Pepone se hubo alejado, Nelia habló por primera vez diciendo:

—Ese amigo tuyo es más cerdo que tú.

—No es amigo mío, no le llevaré flores el día que lo entierren. Es uno de esos tipos indeseables con los que te tropiezas cuando corres por el mundo.

—De todas maneras, tú sabías que estaba aquí, por eso hemos venido a este club.

—Sí, claro. En algún pozo tenía que meter el cubo para sacar información.

—Pues, este pozo está lleno de...

—¿Ibas a decir mierda, por casualidad?

—No me gusta emplear palabras groseras.

—Anda, acércate un poco.

—¿Para qué?

—Para hacer rabiar a Pepone.

Jean-Paul Rébus la besó en los labios y ella se entregó a la

caricia apasionadamente. Pepone los observaba desde lejos.

Llevaban una hora de espectáculo cuando se acercó a la mesa una impresionante rubia que vestía una falda larga que se le ajustaba por la mitad de las caderas. Un sujetador de fantasía en vano trataba de ocultar sus abundantes senos.

—¿Jean-Paul?

—Sí.

—Soy Josefina.

—Ah, excelente.

Nelia miró a la tal Josefina de arriba abajo. No podía por menos que admitir que era una mujer espléndida, escultural, quizá con la boca algo grande y carnosa y los ojos demasiado resabiados. Después, miró a Jean-Paul

como preguntándole qué iba a hacer.

—Pepone, mi jefe, me envía para decirte... —hizo una pausa prolongada, carraspeó y sonrió—, que estoy para lo que gustes.

—¿De veras?

—Sí, soy su secretaria.

—¿Y escribes bien con bolígrafo?

—El bolígrafo lo pones tú, encanto. ¿Te apetece que bailemos?

Jean-Paul comprendió que lo que Pepone pretendía era que Nelia quedara sola en la mesa y él no iba a permitir que el hampón ítalo-latinoamericano se saliera con la suya.

—Sí, pero primero supongo que te habrá dado un recado para mí.

—Ah, sí. Me ha dicho una hora.

—¿Qué hora?

—Diez treinta p.m., de mañana.

—Vaya, qué tarde es. Gracias, Josefina. Cualquiera día de éstos le pido a tu jefe que te deje venir conmigo a la cama.

—¿Sería un *ménage a trois*, acaso?

—Pues, ¿por qué no?

—A mí, el *ménage a trois* me gusta más con dos hombres y una mujer y no al revés.

—Ya, ya, tú tienes muchas capacidades que ofrecer. ¿Vamos? —preguntó a Nelia, y tras dejar unos dólares sobre la mesa, abandonaron el local.

CAPÍTULO VIII

Jean-Paul Rébus estaba acostumbrado a visitar hoteles por todo el mundo. Por ello, su olfato siempre terminaba por señalarle a quién podía recurrir soltando unos billetes para conseguir lo que deseaba.

Le alquilaron un Mercedes-Benz y no le importó pagar una alta prima por el seguro. No confiaba demasiado en que aquel coche durara entero mucho tiempo.

Antes de salir del garaje donde estaba guardado el Mercedes color azul eléctrico, se le acercó un hombre muy sonriente. Entre sus manos llevaba un portafolios y parecía que fuera a hacerle otro seguro.

—Sé por un amigo del hotel en que se hospeda que usted se ha interesado por una pipa.

—Ah, sí. ¿Tiene algún modelo que ofrecerme?

Abrió el portafolios y dentro pudo ver cuatro armas cortas totalmente distintas.

Jean-Paul escogió un revólver Browning, lo tomó entre sus manos y el hombre, que tenía la falta visible de dos dientes, lo que le hacía sisear ostensiblemente al hablar, como si fuera una serpiente, se apresuró a explicarle:

—El número está borrado, señor. Es un arma perfecta y no compromete a nada, se lo puedo garantizar.

—¿A quién han matado con ella?

—A nadie, señor, yo no vendo armas controladas por la policía, sería hacerle un flaco favor a mis clientes. Soy un poco caro, cierto, pero absolutamente fiable, señor.

—Si esto sale mal, seguro que pasas a la lista negra de Braucone, ¿lo entendiste?

—¿Braucone? —Tragó saliva—. Seguro que es un arma excelente, señor. Le traigo municiones y le haré un descuento muy

importante por ser usted amigo del señor Braucone. Ah, y si este arma derrama sangre, mejor arrójela al mar.

—Seguiré el consejo.

Le pasó unos dólares, allí todo se hacía en dólares. El tipejo sonrió afirmativamente y después se esfumó.

Jean-Paul Rébus ya tenía un arma, sabía a qué hora llegaría Louis *el Bretón* que pilotaba el avión del multimillonario Braucone y también sabía dónde se hospedaba Napoleón, pero aún ignoraba lo que significaba la Operación Halley. Llevó el coche frente al hotel.

Puso un par de dólares en la mano del conserje y le exigió:

—Que nadie se acerque a mi coche que es ese Mercedes. Si todo va bien, al final tendrás premio.

El empleado se puso muy contento.

Jean-Paul subió a la habitación y allí no encontró a Nelia. Frunció el ceño. Tuvo la impresión de que habían revuelto sus cosas, aunque no excesivamente, o quizá es que lo habían hecho con cierto cuidado.

Descolgó el teléfono y pudo oír la voz del conserje.

—Soy

Jean-Paul

Rébus —dijo—. Mi mujer ha desaparecido.

—Está en la dirección general de seguridad para unos trámites, señor Rébus.

Colgó.

—¡Mierda! —rugió.

Abandonó el cuarto, después el hotel. Subió a su coche y se puso tras un taxi, llamando al taxista.

—Tome estos billetes y guíeme hasta la dirección general de seguridad —le dijo.

Al taxista le pareció magnífico guiar al que creía un turista excéntrico y le llevó con su propio coche hasta la dirección general de seguridad. Estacionó el auto y penetró en el establecimiento, pero un oficial de la policía le puso la mano en el pecho y con una sonrisa de despectiva suficiencia, inquirió:

—¿Adónde va?

—Dile a tu jefe que está aquí

Jean-Paul

Rébus y que espero que la mujer francesa que está dentro se reúna conmigo en breves instantes.

—Si está siendo interrogada, no creo que pueda reunirse con usted enseguida, señor.

—¡Quiero verla! —exigió.

—No es posible, señor. —Siguió sonriendo con suficiencia. Detrás de él había seis policías armados con metralletas que dispararían si el oficial lo ordenaba.

Ellos no preguntarían nada y luego, ya presentarían excusas ante la embajada francesa diciendo que se trataba de un error y que creían que él era un traficante en drogas.

—Está bien, pero si no sale pronto de aquí, si surge algún problema, alguien lo va a lamentar.

—Lo que usted diga, señor.

Jean-Paul Rébus apretó los dientes y salió del edificio de la policía.

Era fácil imaginar que en las mazmorras subterráneas de aquel edificio, hombres y mujeres estarían siendo torturados y no podía soportar la idea de que Nelia fuera una más de ellos.

Iba a subir a su Mercedes, cuando se le acercaron tres hombres vestidos de paisano. Uno de ellos, que parecía el jefe, le interpelló.

—*Monsieur* Rébus, haga el favor de acompañarnos a ese coche.

Señaló otro Mercedes, este de color negro.

—¿Qué pasa, son policías?

—Haga el favor de seguimos y no haga preguntas, *monsieur*.

Comprendió que era mejor obedecer el consejo.

Dentro del Mercedes negro le esperaba un hombre gordo de redondo cráneo calvo y sonrosado. Un bigotito corto y ancho trataba de adornar el labio superior, quizá de humanizar el rostro.

—Bienvenido a nuestro país, *monsieur* Rébus.

El coche negro se puso en marcha. Los tres individuos que le abordaran en la calle subieron a otro coche y los siguieron.

—¿Qué es lo que pasa? —Gruñó Rébus—. ¿Acaso tengo que ir a la embajada francesa a presentar mis quejas?

—Oh, no creo que sea preciso, *monsieur*.

—Dejen en paz a mi mujer.

—Su amigueta —rectificó—, sabemos que no están casados.

—¿Es imprescindible eso para estar en Costa Larga?

—No, claro que no, pero aquí tenemos nuestras leyes y como usted comprenderá, hay que respetarlas —fue diciendo con su hablar suave y hasta meliflúo, mientras el Mercedes, seguido por el otro vehículo, se introducía en un gran parque. El gordo desconocido fumaba un cigarro, tranquilo y muy seguro de sí.

—Perfecto, hay que respetar las leyes. ¿En qué las hemos transgredido?

—Está prohibida la entrada de furcias extranjeras en nuestro país.

—La señorita no es eso.

—Por supuesto que no, *monsieur*, nada más lejos de mi pensamiento que tratar de ofender a su amiga; pero, como es lógico, se están realizando las averiguaciones oportunas. La señorita Nelia no tiene profesión reconocida alguna y usted comprenderá que eso dificulta las cosas, claro que podríamos llegar a un entendimiento que fuera beneficioso para todos.

—¿Cuánto?

—Veo que comprende usted rápidamente, *monsieur*. Mire, todos nos evitaríamos molestias si usted depositara cincuenta mil dólares en la conserjería del hotel a nombre de Arnaldo Diéguez.

—¿Cincuenta mil dólares, sabe lo que dice?

—Oh, pues claro, no es mucho dinero. Nuestros informes indican que es usted rico en dólares y por una cantidad tan exigua no creo que exponga a su amiga a sucesivos y molestos interrogatorios. Ya sabe, los hombres se cansan, pero la justicia es eterna. Podría pasar una semana, meses, años tal vez...

A

Jean-Paul

le hubiera gustado meterle tres plomos en el estómago a aquel cerdo que se aprovechaba de su cargo en la policía para extorsionar a quienes seleccionaba como víctimas.

—Si acude usted a su embajada, se darán respuestas, naturalmente, pero me temo que la señorita tendrá muchas complicaciones y no creo que el gobierno francés quiera ensuciar su prestigio defendiendo a quien va a quedar como una... Ya me entiende. Le ofrezco la oportunidad de solucionar este feo asunto con una pequeña aportación por su parte.

—¿Y cómo sé que no es usted un fullero, un maricón de mierda

que trata de robarme? —Le fue diciendo mientras el otro palidecía —. Tendría que convencerme de que efectivamente es usted funcionario de la policía.

—Soy el director jefe de la metrópoli.

—Si veo su documentación, quizá me lo crea.

Molesto y cargado de odio por lo que consideraba insultos innmerecidos, el gordo le mostró su documentación y, efectivamente parecía ser el jefe de la policía en Costa Larga y utilizaba su cargo para extorsionar en beneficio propio.

—Muy bien, señor Diéguez. No puedo decirle que dispondré de ese dinero de inmediato, tengo que hablar antes con mi Banco en París, pero usted soltará a mi amiga.

—No hasta que toque el dinero, *monsieur*. Le garantizo que mientras no pasen cuarenta y ocho horas, a contar desde ahora mismo, sin que me haya entregado el dinero, ella será tratada como una princesa; pero luego, habrá que ser duros en el interrogatorio y ya sabe qué mal sientan los interrogatorios a las mujeres.

Jean-Paul deseó que llegara el día en que pudiera cargarse a aquel indeseable, pero en aquellos momentos, Diéguez tenía las mejores cartas en aquel desagradable juego de chantaje y tuvo que mentir.

—Está bien, veré de reunir ese dinero.

—Será un placer atenderle. Estamos aquí para servirle, *monsieur*.

Le dejaron junto a su coche. Cuando ya iba a alejarse de él, el jefe de la policía añadió:

—Esperamos verle en el gran desfile de la libertad.

—¿Desfile de la libertad?

—Sí, conmemoramos que hace setenta y seis años un patriota mató al tirano, consiguiendo así la libertad de la república.

Diéguez cerró la ventanilla de su automóvil y se alejó.

Jean-Paul subió a su Mercedes quedando pensativo. Lo que acababa de decirle Diéguez tenía sentido, mucho sentido...

El malhumor que llevaba encima no le ofuscó lo suficiente para cometer la estupidez de ir a visitar a Napoleón en su palacete Inmaculado, donde retenía a sus furcias de lujo para irlas entregando a los ricos de aquel lugar.

De hacer tal cosa, habría comprometido todavía más a Nelia

porque la asociarían con Napoleón y, lo que era peor, podían entregársela a él convirtiéndola a la fuerza en una furcia más del grupo que Napoleón llevaba. Hubieran bastado tres o cuatro violaciones en una noche para que Nelia no levantara ya cabeza.

Fue a un banco americano y se entrevistó con su director. Le dijo que tenía necesidad urgente de conseguir un dinero y que utilizaría su banco.

Desde allí, hizo una llamada al Banco Nacional y presentó su tarjeta de crédito al banco norteamericano. Éste se quedó con la tarjeta y le comunicó que al día siguiente por la mañana tendría los cincuenta mil dólares que necesitaba.

—¡Los quiero hoy!

—Imposible, *monsieur* Rébus, se han de seguir unos trámites. Si todo está conforme, mañana por la mañana tendrá los cincuenta mil dólares.

Jean-Paul Rébus aceptó la situación, porque si aquel maldito jefe de policía se olía que tenía más dinero, podía ir pidiendo más y más.

Su posición como director-jefe de la policía de la capital de Costa Larga le daba mucha fuerza, demasiada, y pretendía enriquecerse como en su día hiciera Braucone.

Fue al aeropuerto y esperó la arribada del multimillonario.

Lo hizo con discreción, como si tuviera deseos de tomar un avión y regresar a Francia para olvidarse del maldito Diéguez.

Vio llegar el «jet» privado del multimillonario.

Cuatro coches fueron a recibirle. Allí aguardaban varios hombres muy bien trajeados y

Jean-Paul

imaginó que perfectamente armados. También descendieron del avión tres guardaespaldas. Braucone iba muy protegido.

Escrutó con los prismáticos y pudo ver que se acercaban otros coches y de ellos se apeaban varios militares de alta graduación. Éstos fueron a saludar a Braucone como si fueran compañeros de toda la vida.

La comitiva de automóviles abandonó el aeropuerto. Jean-Paul siguió vigilando el aparato hasta que al fin vio aparecer al comandante y al segundo piloto.

—Al fin te veo... Y ya me huelo de qué se trata la Operación

Halley.

Tenía un malhumor más que justificado.

—Cabrón de mierda —masculló, recordando al director de la policía de Costa Larga capital.

Siguió a mucha distancia al taxi que se llevó a Louis, *el Bretón*, desde el aeropuerto.

Atravesaron la ciudad. Al final, Louis Anjou se introdujo en el palacete Inmaculado, un lugar de prostitución de alto *standing*, chicas parisinas para quienes pudieran pagarlas, que serían muy pocos, sólo los más poderosos próximos al dictador de turno.

El rompecabezas iba encajando, las piezas del extraño puzle se juntaban unas con otras. Ya no era una incógnita total la Operación Halley, lo que se estaba oliendo es que iba a terminar mal, muy mal.

La sangre correría con mayor abundancia de lo previsto en un principio y Nelia y él mismo correrían más riesgos de lo que podía temer al encargarse del caso que Frank *el Yanqui* no había podido terminar.

CAPÍTULO IX

Estaban a viernes noche, quedaba el sábado y luego, el domingo. Había que hacer algo...

Pensó en Pepone, éste podía ayudarle en algunas cosas si le pagaba bien, incluso podía brindarle acompañante femenina. Su secretaria Josefina era un primor, pero pensó en Nelia, recluida en la dirección general de seguridad y se olvidó de las formas opulentas de la secretaria, capaces de cegar al más frío de los hombres.

Ya muy entrada la noche, con el revólver metido en su cinturón y listo para disparar, se dirigió al palacete Inmaculado.

La residencia era muy hermosa, posiblemente levantada por la fortuna de una familia criolla venida a menos, quizá purgada por el régimen dictatorial de turno.

El edificio de dos plantas, de paredes estucadas en blancos, ocres y rosas oscuros, se hallaba cercado por un muro coronado de rejas de púas. Entre el muro y el palacete había jardines muy cuidados, lo que no sería difícil allí debido a lo excelente de la tierra y el clima y a lo baratos que debían resultar los jardineros.

Se enfrentó a la verja. Había perros que ladraban al coche.

Jean-Paul se apeó del vehículo para llamar al timbre.

—¿Quién es? —preguntó una voz hosca, en español.

—Alguien que puede pagar —respondió.

Debieron ver su coche y le abrieron la verja. Los perros se alejaron, llamados por un silbato ultrasónico que sólo ellos podían oír.

El asunto del *parking* lo tenían muy bien montado. Donde años atrás debieron estar las cuadras, catorce puertas de madera correspondían a otras tantas plazas para visitantes y sólo una de ellas estaba abierta, por lo que cabía pensar que los clientes podían guardar sus coches discretamente para no ser identificados. Desde el

interior del palacete, abrían la puerta del estacionamiento que correspondía.

Introdujo su coche y la puerta se cenó a su espalda. Se apeó. La plaza de estacionamiento era aceptable, unos veintidós metros cuadrados.

Una puerta para personas se abrió al fondo y
Jean-Paul

pasó por ella, quedando en un corredor iluminado que comunicaba todas las plazas de *parking* y llevaba al interior del palacete, sin que nadie pudiera ver al visitante.

Un tipo alto y fuerte, de piel bronceada y boca ancha, le recibió con una sonrisa servil. Era un matón de cuidado que debía controlar el ganado femenino por si alguna se le desmandaba.

—Bienvenido al palacete Inmaculado, señor.

Con su mal español, Rébus le pidió:

—Llévame a ver a Napoleón.

—¿Está invitado, señor?

—Dile que está aquí

Jean-Paul

Rébus.

El nativo de Costa Larga puso cara de circunstancias. Le señaló un sofá colocado frente a una mesita sobre la cual había un magnífico álbum que

Jean-Paul

comenzó a mirar.

Allí estaban las sugestivas fotografías a todo color y en diferentes posturas de las mujeres que podía ofrecer el palacete Inmaculado para gozar de los placeres del amor.

Todas tenían tres cosas en común: eran jóvenes, hermosas y de piel muy blanca. Esta última era condición imprescindible para estar en aquel burdel de alto *standing*.

Ninguna de aquellas chicas le sugirió nada. Al fin, se abrió la puerta y aparecieron tres personajes. Uno era el corpulento vigilante de la boca ancha y cabellos muy lacios peinados hacia atrás. A los otros dos,

Jean-Paul

ya las conocía.

Napoleón se parecía ciertamente al histórico emperador. Bajo de

estatura, nariz aguileña, cejas muy próximas a los ojos inquisitivos y el característico mechón de cabello sobre la frente lejos de desagradarle, aquel individuo fomentaba el parecido.

El otro tipo era Louis *el Bretón*. Vestía un traje de hilo blanco y fumaba un cigarro delgado, cuadrado y extraordinariamente largo, quizá muy propio de aquel país.

—Jean-Paul Rébus, ¿qué haces por estas tierras? —exclamó Napoleón que era su apodo y no su nombre verdadero.

—He venido de turismo y en cuanto me he enterado de que estabas en este palacete con excelente mercancía, me he dicho que debía pasar a verte, y también a ti, Louis *el Bretón*.

Este último clavó su mirada en Rébus y le preguntó:

—¿Nos conocemos?

—Yo ya te conocía a ti.

—¿Sí?

—Albio me habló de ti, me contó que te había preparado muy bien para la Operación Halley.

Napoleón y Louis quedaron pálidos. El primero se volvió hacia el hombre que empleaba como matón y vigilante de las chicas y le ordenó que se fuera y que cerrara la puerta para que nadie les molestara.

Napoleón se sentó en una butaca. Louis permaneció en pie, con un brazo cruzado sobre el pecho, posición que hubiera encajado más con Napoleón, pero a

Jean-Paul

no se le escapaba que así Louis mantenía la mano cerca de la pistola que debía guardar en la axila, pues se le notaba el bulto de la revolverá.

—¿Qué sabes tú de la Operación Halley?

Jean-Paul, muy tranquilo, como si fuera un compañero más de ellos, comenzó a explicar:

—El cometa Halley aparece y desaparece junto al planeta Tierra cada setenta y seis años, y precisamente ahora hace setenta y seis años que el tirano que aplastaba al pueblo de Costa Larga fue exterminado con dinamita, por eso encajaba denominarla Operación Halley, pues se repite la situación. Hay un dictador opresor y exterminándolo el próximo domingo, hará los setenta y seis años justos de la muelle del anterior.

—¿Fue Albio quien te contó todo eso?

—Albio, no. Yo estoy ayudando en este asunto a mi manera — les dijo, tratando de que no recelaran de él.

—¿Ah, sí, y cómo?

A la pregunta de Napoleón,

Jean-Paul

respondió como si nada tuviera que temer de aquel par de terroristas a sueldo.

—Hay un tipo que se ha fijado en vosotros y es muy peligroso, pero todavía no sospecha que sois los encargados de exterminar al dictador por cuenta de Braucone que pronto será el nuevo presidente de esta república.

Era evidente que

Jean-Paul

sabía mucho al decirles todo aquello que, obviamente, debía mantenerse en el más absoluto secreto. Napoleón y Louis *el Bretón* eran los hombres encargados de exterminar al dictador, pero ignoraban todo lo que el multimillonario Braucone había podido preparar en otros aspectos. Braucone tenía muchos ayudantes, mucha gente que le bailaba el agua, militares de alta graduación que esperaban ascender aún más si Braucone, su líder, obtenía la presidencia. La conjura estaba en marcha.

—¿Y quién es ese personaje tan peligroso del que hablas? — preguntó Napoleón, mientras Louis permanecía en silencio.

Mientras hablaba,

Jean-Paul

iba atando más cabos. Napoleón y Louis, después del atentado, tendrían previsto abandonar el país a bordo del *jet* de Braucone, aunque dedujo que no sería tan fácil que lo consiguieran. Sin duda, Braucone trataría de silenciar las bocas de aquellos terroristas internacionales para que jamás pudieran acusarle.

—Os estoy hablando de Arnaldo Diéguez, el director-jefe de policía de esta capital.

—¿Diéguez? —repitió Napoleón, más pálido que antes.

Louis lo miró interrogante y masculló:

—¿No es el gordo ese que está arriba con una de las chicas?

—Sí, ése es.

—Eso es que os quiere marcar de cerca —dijo

Jean-Paul,

poniéndose en pie—. Es un cabrón hijo de mala madre. Ya lo conozco, por eso soy el que ha de encargarse de él. Es muy peligroso. ¿Con qué chica está?

—Con Ginette —respondió Napoleón.

—¿Ha traído escolta?

—No, está solo —dijo Napoleón, convencido ya de que

Jean-Paul

trabajaba con ellos.

—En ese caso, vais a conducirme adonde está ese cerdo. Por cierto, ¿lo tenéis ya todo listo para pasado mañana? Braucone no admite fallos.

Louis respondió con suficiencia:

—Sí, todo está listo. Siete monteros del diez sincronizados, no será necesario que los carguemos a mano. Tienen detonadores especiales.

—¿No fallaréis?

—No —siguió respondiendo Louis con orgullo—. Tenemos los grados exactos del tubo debido a la distancia que hay que salvar, incluido el edificio que habrá entre nosotros y la avenida donde se celebrará el desfile. Las granadas de mortero se elevarán por encima del edificio, pasarán en una curva perfecta y caerán justo sobre la tribuna del dictador. Todo está calculado, hemos ensayado estos morteros en muchas ocasiones y no fallan.

—¿Y la colocación de los siete morteros?

—Sobre la plataforma de un pequeño camión de reparto a la que se le quitará el techo. Lo colocaremos en el lugar exacto de la calle paralela a la gran avenida y dispararemos las granadas. Después, escaparemos. Con siete morteros del diez, no quedara vivo ni uno solo de los ministros del gabinete.

—Perfecto —opinó Jean Paul—. Ahora, llevadme a dónde está el cabrón de Diéguez.

Napoleón y Louis lo condujeron al piso alto donde había elegantísimas habitaciones. Napoleón señaló una de ellas, advirtiéndole:

—Tiene un cerrojo por dentro que garantiza la intimidad.

—¿Un cerrojo, eso es todo?

Napoleón asintió.

—Lo estás haciendo perfecto, Napoleón. Buena tapadera esta del burdel de chicas francesas para tipos ricos de aquí.

Se apartó de la puerta y cargó con un feroz taconazo de karate contra un lado de la puerta, empujando con todo su cuerpo en el golpe seco y demoledor.

Parte de la jamba se astilló y la puerta se abrió violenta y ruidosamente.

Cuando

Jean-Paul

estuvo dentro, ya tenía la pistola en la mano y apuntaba a la cama donde había una chica rubia muy mona y, manoseándola, Arnaldo Diéguez, el director jefe de la policía.

—Volvemos a vernos, Diéguez.

—El francés —gruñó, asustado.

—Aquí todo es francés, Diéguez. —Apuntó a la chica, ordenándole—: Preciosa, sal de ahí y vete con tu patrón.

Napoleón asintió. Louis tenía su pistola en la mano por si las cosas se torcían.

La chica, desnuda, saltó de la cama corriendo y se alejó hacia la puerta. Jean-Paul pidió a Napoleón sin mirarle:

—Dejadme a solas con él, es cosa mía.

Aceptaron la situación y le dejaron solo, ajustando la puerta astillada.

—¿Estás loco, qué pretendes? —le preguntó Arnaldo Diéguez, tratando de no demostrar el miedo que sentía—. Esto no es Francia, aquí mando yo, ¿lo entiendes? Mando yo.

—Aquí, quien manda ahora, es éste. —Balanceó el revólver en su mano—. Ponte en pie y nada de ropa. Quiero ver lo rechoncho y repugnante que estás.

Diéguez tragó saliva pero obedeció. Ahora no tenía a los perros a su alcance para que le defendieran con sus uniformes y metralletas.

—A tu chica no le ha pasado nada, mantengo mi palabra, sólo está retenida en la dirección general de seguridad en espera de aclaraciones.

—Diéguez, te voy a pagar los cincuenta mil que me pediste. He estado en el Banco y mañana los tendré.

Pese a su ridícula situación, con todas sus vergüenzas al aire, el

rechoncho Diéguez sonrió.

—En cuanto el dinero esté en la conserjería del hotel, ella quedará en libertad.

—¿Y quién me garantiza eso?

—Yo ya he dado la orden y ya no puedo ocuparme de casos como éste, tengo otras ocupaciones, el próximo domingo es el gran desfile de la libertad.

—¿Seguro que cuando deje el dinero en conserjería ella quedará libre automáticamente?

—Sí.

—¿Quién ejecutará esa orden?

—El capitán Mansilla.

—De acuerdo. Ahora, pasa al lavabo.

—¿Para qué?

—Obedece —ordenó, situándose tras él y propinándole una patada entre las nalgas.

Humillado, Diéguez pasó al lavabo y

Jean-Paul

le ordenó:

—Siéntate en el *water*.

—¿Qué es lo que quieres ahora? —Gruñó—. Tu chica quedará en libertad y si tanto insistes, no te cobraré los cincuenta mil. Yo, yo...

—¿Cómo podrías soltarla ahora mismo?

—Ordenádoselo al capitán Mansilla.

—Está bien, sal de ahí. Iba a matarte cagando, te lo mereces.

Le empujó de nuevo hacia el dormitorio. Descolgó el teléfono y oyó una voz al otro lado.

—Dile a Napoleón que se ponga. Quiero línea con el exterior.

No tardó en oír la voz de Napoleón.

—¿Qué ocurre?

—Quiero línea con el exterior. El cerdo de Diéguez ha de hablar con un tipo llamado capitán Mansilla.

—¿No será eso peligroso?

—Le estaré apuntando a la nuca.

Obtuvieron línea y

Jean-Paul

invitó a Diéguez con el cañón de la pistola a que telefonease.

—Una palabra de más, algo que me suene a contraseña y te meto una bala en mitad del culo y otra en la nuca después de que te haya oído aullar un poco.

Nervioso, Diéguez marcó el número de la dirección general de seguridad.

—Soy Arnaldo Diéguez. Que se ponga de inmediato el capitán Mansilla.

Al poco, el oficial obedecía y el director de la policía le ordenó:

—Poned a la francesa en libertad ahora mismo y que regrese a su hotel.

Colgó y se volvió hacia Jean-Paul, preguntándole:

—¿Tranquilo ya?

—Te has librado de morir sentado en el water. Camina.

—¡Mi ropa!

Lo empujó hacia la escalera. Allí le dio una patada y lo hizo rodar escalinatas abajo, donde esperaban Napoleón y Louis *el Bretón* algo dubitativos.

—Es todo vuestro. Encerradlo en el sótano y que no salga hasta que nos hayamos largado todos de Costa Larga.

—Si se trata de que no hable, lo mejor es esto —dijo Louis.

Apuntó con su arma entre los ojos de Diéguez y sonó una detonación. La cabeza del rechoncho y corrupto director jefe de la policía rebotó contra el suelo alfombrado y la sangre comenzó a inundar sus ojos que quedaron abiertos para la eternidad.

CAPÍTULO X

Nelia llegó al hotel en un taxi, se acercaba la amanecida. Jean-Paul la esperaba en el vestíbulo, fumando para tratar de controlar su impaciencia. Sólo verla entrar, la llamó.

—¡Nelia!

Fue hacia él. Quería conservar su frialdad, pero al llegar a sus brazos, se derrumbó.

—He pasado mucho miedo —gimió.

—Lo comprendo —respondió él, abrazándola.

Me han tenido encerrada en una celda.

—¿Sola?

—No, pero lo que no podía soportar era la tortura.

—¿Te han torturado?

—No, pero a dos de mis compañeras de celda, sí, y ha sido horrible verlas y tratar de ayudarlas. Tenían quemaduras eléctricas, luxaciones dolorosas. Creo que no lo hubiera resistido.

—Nuestro avión sale a las once de la mañana.

—¿Nuestro avión?

—Sí.

—¿Y la Operación Halley?

—Ya te contaré. Ahora, hay que marcharse de aquí mientras sea tiempo de hacerlo.

—¿Qué sabes, qué has averiguado?

—De momento, que me he ahorrado cincuenta mil dólares.

—No entiendo nada.

—Es el precio que había puesto por tu libertad el maldito director de la policía.

—¿Precio por mi libertad?

—Sí, cincuenta mil dólares para quedárselos él y no el gobierno. Corrupción, Nelia, corrupción.

—Sigo sin entender nada. He estado incomunicada casi un día.

—Pues ha sido un día activo de verdad. Ya hablaremos en el avión, este país es ahora un polvorín.

A las once, tal como estaba previsto, partía un *jet* del aeropuerto de la capital rumbo a Europa. En él viajaban Nelia y

Jean-Paul

Rébus.

—¿Me lo contarás todo ahora, amor?

—Sí, claro. —En voz baja, comenzó a relatarle lo que había sucedido con el director de la policía.

—Pero ¿y la Operación Halley?

—Eso ya te lo explicaré cuando estemos cómodamente instalados en tu apartamento de París.

—¿Por qué no ahora?

Jean-Paul la besó en la boca, tratando así de sellársela. Los ojos femeninos siguieron interrogantes, pero él no dijo nada.

El domingo, al anochecer,

Jean-Paul

se hallaba frente al televisor, cómodamente instalado con un vaso de *whisky* en la mano. La joven, con una vaporosa bata, se puso a su lado.

—¿Qué es lo que estás esperando?

—Noticias.

—¿De Costa Larga?

—Sí. Ahora ya puedo contarte lo que significa la Operación Halley.

—Estoy ansiosa por saberlo.

—Verás. Operación Halley significa que en un periodo de setenta y seis años, un hecho histórico se repite, un ciclo queda completo. Hace setenta y seis años mataron al tirano que por aquel tiempo oprimía a la república de Costa Larga y lo hicieron con dinamita. Ahora le toca al dictador de turno y lo harán con granadas de mortero dos especialistas en terrorismo muy bien entrenados por Albio. Habían de ser tres, pero el tercero, Martin, no pudo acudir a la cita porque quedó muerto aquí en París.

—¿Esos dos terroristas son Louis *el Bretón* y Napoleón?

—Exacto. Napoleón tiene el burdel como tapadera, así se justifica su estancia en Costa Larga y Louis, como piloto de Braucone. Están provistos de morteros de gran potencia instalados

en la plataforma de un camión y ya tienen estudiado el punto justo donde ha de estacionarse el camión. Los morteros de guerra ya tienen la graduación de tiro lista, todo calculado, una perfecta operación de balística. Cuando el dictador esté presidiendo el desfile, dispararán los morteros y su vida habrá terminado, y posiblemente sus ministros y generales caigan con él.

—No es posible,

Jean-Paul.

¡Tú tenías que abollar esa operación y estás aquí tan tranquilo, sabiéndolo todo!

—No me caen bien los dictadores, querida, tan malo es que a dictador muerto, dictador puesto. Seguramente Braucone se hará cargo del poder de la república con ayuda de unos cuantos militares que esperarán recibir sus prebendas por la adhesión. Braucone hablará de democracia y de próximas elecciones libres, pero hará lo mismo que el dictador exterminado. La libertad de ese país no tienen que conseguirla terroristas internacionales, sino el propio pueblo. Yo he preferido no intervenir en una pelea entre alimañas, y no lo siento por Napoleón y Louis *el Bretón*.

—¿Y qué pasará con ellos?

—Pues, lógicamente, Braucone no los dejará salir vivos del país. Justificará su muerte como terroristas que son y así no habrá más investigaciones.

—Interrumpimos nuestra emisión —comenzó a decir una locutora en la pantalla de la televisión—, para ofrecerles un *flash* informativo. En la república sudamericana de Costa Larga acaba de producirse un atentado mortal. Durante el desfile de la libertad se han producido varias explosiones en la tribuna presidencial de origen desconocido. Se supone que ha habido varios muertos y gran número de heridos. Noticias oficiosas aseguran que el presidente...

—Ya lo has oído, querida, el dictador ha muerto. Braucone, el nuevo dictador, se estará frotando las manos.

—Y ahora, me devolverás el millón de dólares. Jean-Paul se giró bruscamente para identificar al hombre que acababa de hablar a su espalda.

—Frank *el Yanqui*... La verdad es que nunca me tragué del todo que hubieras muerto.

—¿No? —Con un gesto de la mano con la que empuñaba la

pistola con silenciador, Frank obligó a Nelia a que se apartara. Lila, recelosa, obedeció.

—No. Frank. Pensé que estabas herido, pero... Si hubieras muerto de verdad, lo ocurrido se habría comunicado de inmediato a la CIA, tú eres uno de sus más dilectos miembros, pero este asunto lo habías planeado por tu cuenta y riesgo. Pensaste que era mejor que fuera un francés a Costa Larga para intervenir en el feo asunto de la Operación Halley, y me escogiste a mi poniéndome como cebo dos cosas hermosas: Nelia y un millón de dólares.

—Contratarte a ti no era tarea fácil, tuve que prepararlo todo muy bien.

—¿Las heridas eran falsas?

—Sí. Hice un magnífico papel de actor, ¿verdad?

—Pues, sí. Supongo que el doctor no era tal sino un director de teatro, ¿verdad?

—Aciertas,

Jean-Paul,

aciertas. Y el hombre que encontraron carbonizado, fue una noticia falsa, bastó darle unos francos a un periodista y asunto terminado. Pero, has cometido el gran error de no abortar la operación Halley como te pedí y ahora, vas a devolverme el millón de dólares.

—Lo siento, Frank, pero lo que se da no se quita, máxime cuando he pasado mis riesgos. —Bebió un trago de *whisky*—. Después de todo, los tuyos le harán un préstamo de unos cuantos millones de dólares al nuevo presidente Braucone para la compra de armas y mantenimiento del ejército y os obedecerá como el anterior, no cambiará nada.

—Supongo que será como tú dices, pero tienes que devolverme el millón de dólares.

—¿Por qué, es tuyo acaso o porque es de la CIA?

—Eso no te importa. Yo te pagué para que abortaras la Operación Halley y en cambio tú has dejado que ésta se consumara, pudiéndolo impedir.

—Ha sido una lucha entre escorpiones. ¿Para qué iba a intervenir yo?

—Interrumpimos de nuevo la emisión —dijo la voz de la locutora de la televisión francesa—. Se sabe de cierto que el presidente de la república de Costa Larga ha muerto y con él, no

menos de cinco ministros. También se sabe que dos terroristas que huían hacia el aeropuerto han sido abatidos a tiros, incendiándose el coche en el que huían. Su identificación va a resultar muy difícil. Seguiremos informando de estos dramáticos hechos que pueden cambiar la situación en Sudamérica...

Jean Paul opinó:

—No cambiará nada, eso es lo malo.

—Si no me devuelves el millón de dólares, tendré que matarte,
Jean-Paul.

—Si me matas, jamás recuperarás el ese dinero.

La pistola en manos de Frank *el Yanqui* vaciló. Se volvió hacia Nelia y ésta dio su opinión.

—Has perdido. Frank, acepta la denota. ¿De qué te serviría ahora matar a

Jean-Paul?

—¿Es que no te das cuenta de que se está riendo de mí?

—Yo recuerdo que tú te reíste antes de él creyéndolo un incauto. Dijiste que como francés que era, se entendería mucho mejor con sus compatriotas y resolvería este asunto.

—Algún día te pediré cuentas por ese millón,
Jean-Paul.

—Ario revuelto, ganancia de pescadores, y esta vez, el pescador he sido yo.

Frank se volvió hacia la mujer, ordenándole:

—Nelia, vámonos. Algún día. Jean-Paul y yo volveremos a encontrarnos.

—No, Frank, yo me quedo con él.

—¿Quéeee?

—Que me quedo con
Jean-Paul.

—¿Por el dinero?

—No, simplemente porque me parece más hombre y más honesto que tú. Jugaste con él y

Jean-Paul,

en cambio, sólo tomó lo que tú mismo le diste. Me quedo con él.

—En ese caso, te quedarás con un muerto, porque perdido por perdido...

La detonación sonó seca y Frank abrió mucho sus ojos,

sorprendido.

En la mano de la mujer humeaba una pistola, Nelia había hecho su elección.

El cuerpo de Frank *el Yanqui* se desplomó tras el sofá, mientras por la televisión seguían emitiendo *flashes* informativos sobre los últimos y sangrientos acontecimientos de Costa Larga.

FIN

GAÑE 1.000.000

DE PESETAS

GRAN CONCURSO MENSUAL

CUPON VÁLIDO SOLO PARA ESPAÑA

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS.....

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLE

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
75 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA



